

# ¡adelante, SIETE SECRETOS!

*Enid Blyton*



Lectulandia

¡Hay que elegir una nueva contraseña! Todo por culpa de Sussy, la hermana de Jack, que ha acabado descubriéndola. Reunidos en el cobertizo, Los Siete Secretos deciden cambiarla al día siguiente. También acuerdan ejercitarse: mientras no tengas casos que resolver ¡harán prácticas de espionaje! Janet, Pamela y Bárbara irán a la estación de tren y a la parada del autobús, y luego describirán a las personas que hayan observado. Los chicos harán de espías en distintos lugares. El primero en empezar es Jorge, que sigue a un desconocido que lleva un maletín. Pero, ¡atención! ¿No tienen los espías que mirar también hacia atrás?... ¡Qué peligroso resulta a veces pertenecer al Club de los Siete Secretos!

**Lectulandia**

Enid Blyton

# **¡Adelante, Siete Secretos!**

**Siete Secretos - 05**

ePub r1.1

Titivillus 14.08.15

Título original: *Go ahead, Secret Seven*  
Enid Blyton, 1953  
Traducción: Ana Balzola  
Ilustraciones: Bruno Kay

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

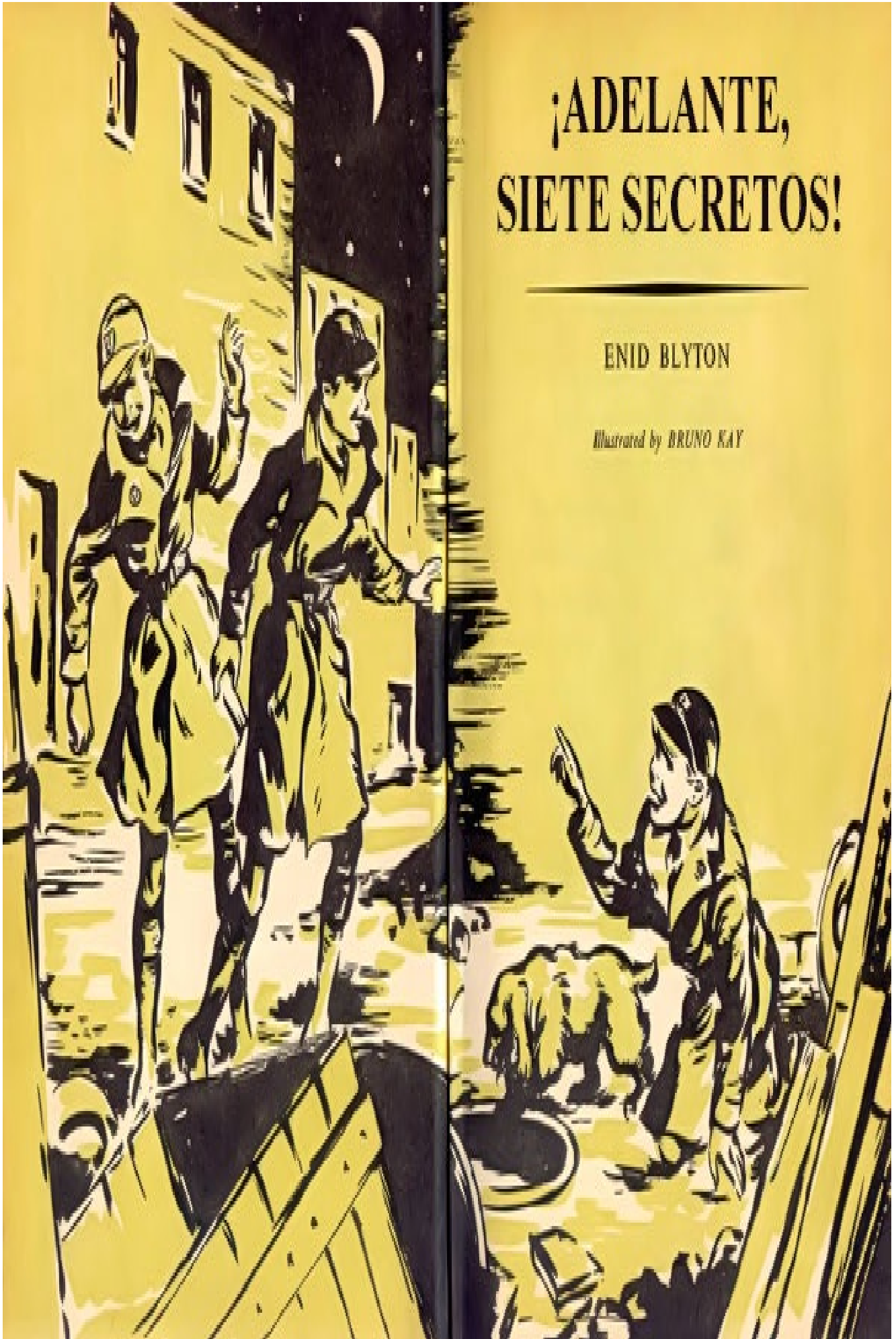
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# ¡ADELANTE, SIETE SECRETOS!

ENID BLYTON

*Illustrated by BRUNO KAY*



C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Esta es la quinta novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

*El Club de los Siete Secretos.*

*Una aventura de los Siete Secretos.*

*¡Bien por los Siete Secretos!*

*Los Siete Secretos sobre la pista.*

*Un misterio para los Siete Secretos.*

*¡Adelante, Siete Secretos!*

*¡Buen trabajo, Siete Secretos!*

*El triunfo de los Siete Secretos.*

*Tres «hurras» para los Siete Secretos.*

*Un rompecabezas para los Siete Secretos.*

*Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.*

*Los formidables chicos del Club de los Siete.*

*Un susto para los Siete Secretos.*

*¡Cuidado Siete Secretos!*

*Los Siete Secretos se divierten*

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

*Enid Blyton*  
=



## Sussy, maestra en el arte de molestar

Una tarde volvía Peter del colegio, balanceando su cartera, cuando alguien que corría tras él le dio un empujón.

Se le escapó la cartera y casi cayó de bruces. Miró enfadado a su alrededor, creyendo que serían Jorge o Colín. Pero no era ninguno de los dos: era Sussy, con su descarada carita, que le sonreía plantada en la curva de la carretera.

—Lo siento —dijo—. Íbamos por el mismo camino. ¿Cómo va el Club de los Siete Secretos?

—Haz el favor de mirar por dónde vas, Sussy —dijo Peter cogiendo del suelo la cartera—. En cuanto a los Siete Secretos, no es asunto tuyo. ¡Siempre queriendo entrometerte!

—Jack dice que hace siglos que no os habéis reunido los Siete Secretos —dijo Sussy, echando a andar junto a Peter para fastidio del muchacho. Sussy era la chica más desesperante que conocía.

Jack era el hermano de Sussy, y pertenecía al Siete Secretos. Peter estaba seguro de que Jack no había dicho nada acerca de las reuniones. Pero Sussy tenía razón: hacía mucho tiempo que no se habían reunido. El trimestre de antes de Pascua estaba resultando muy entretenido.

—¡Ah!, ¿sí? Pues muy pronto vamos a tener reunión —dijo a Sussy, tomando rápidamente la resolución de celebrarla—. ¡Pero tú no vendrás! ¡Y si intentas espiarnos estúpidamente, te acordarás de nosotros! Ni eres de nuestra sociedad ni lo serás nunca.

—Sé cuál es vuestra última contraseña —dijo Sussy, dando saltitos sobre los adoquines—. ¿Qué dices a esto?

—No la sabes —dijo Peter, estrujándose el cerebro para recordarla. ¡Válgame Dios! Se le había olvidado. Esto no diría nada en su favor.

—Sí que la sé. Es «Jack Sprat» —dijo Sussy, y Peter la miró con el ceño fruncido.

Estaba en lo cierto: la última contraseña que habían elegido era «Jack Sprat». La habían elegido en secreto. Sin embargo, allí estaba Sussy, pregonándola en plena calle a voz en grito. Ella vio la expresión furiosa de Peter y se echó a reír.

—¿La sabía, o no? Vuestro club es un club de bobos. Sé vuestra contraseña, y también la saben todas las chicas de mi clase, porque se la he dicho yo. Así es que la próxima vez que tengáis reunión, iremos todas, gritaremos la contraseña y nos tendréis que dejar entrar.

—¿Quién te dijo la contraseña? —preguntó Peter con voz enérgica—. Sé que Jack no ha podido ser.

—¡Oh, no! Jack es el más fastidioso de los hermanos. Nunca me dice nada. Pero fui a su cajón a coger un pañuelo y encontré debajo de todos un trozo de papel en el que leí: «Acuérdate de la contraseña: Jack Sprat».

—¡Tú siempre estás curioseando! —dijo Peter, furioso—. En mi vida he visto una chica igual. ¿Por qué no nos dejas en paz? ¿Por qué no dejas de querer averiguar nuestras contraseñas y todo lo que hacemos?

—¿Y por qué no me dejáis vosotros formar parte de vuestro club? —preguntó Sussy—. Bien pertenecen Janet, y Pamela, y Bárbara.

—¡Qué tonta eres! Es el Siete Secretos: no podemos tener más miembros porque entonces seríamos más de siete. Además, es que no queremos admitirte, Sussy.

—Eres mezquino —dijo la niña—. Bueno, diré a Jack que pronto tendréis reunión. ¿Cuándo?





—¡No tienes que decir nada a Jack! —dijo Peter, verdaderamente exasperado por aquella pelma de hermana de Jack—. Soy yo el que manda las convocatorias de las reuniones, no tú. Y no tienes por qué molestarte en recordar la contraseña. Buscaré otra inmediatamente y la comunicaré a los socios.

—¡Está bien! Seguro que Jack la escribirá en alguna parte para recordarla —dijo Sussy disponiéndose a marcharse—. Y seguro que la encontraré. ¡Adiós, y recuerdos a «Jack Sprat»!

Peter se quedó mirando la espalda de Sussy, que se alejaba. ¡Qué chica tan terrible! Daba gracias a Dios de que su hermana Janet no fuera como Sussy. Continuó el camino de su casa bastante preocupado.

No cabía duda: se debía convocar una reunión, y pronto. Hacía mucho tiempo que no se habían reunido. No debían consentir que el Siete Secretos se disolviera solamente porque no había reuniones o no pasaba nada especial.

«Pero no se pueden resolver problemas y misterios si no se presentan —pensó Peter—. Tenemos que buscarnos algún trabajo hasta que pase algo. A veces pasa tiempo y más tiempo sin que ocurra nada. También tengo que cambiar la contraseña. ¡Qué raro que Jack cometiera la memez de escribir la contraseña por temor a olvidarla! Debió suponer que Sussy la encontraría».

Llegó a su casa ensimismado. Su hermana Janet ya estaba en el hogar, y *Scamper*, el *spaniel* dorado, salió disparado a saludarle con alegres ladridos.

—¡Hola, *Scamper*! ¿Cómo has pasado el día? —dijo Peter, acariciándole las largas y sedosas orejas—. ¿Te has comido todo lo que te han dado? ¿Has perseguido a los conejos? ¿Has ladrado al basurero? ¿Sí? ¡Entonces eres un buen perro!

—¡Guau! —ladró *Scamper*, corriendo como un loco por toda la habitación.

Janet se echó a reír.

—Desde mucho antes de que cruzaras la puerta, él ya sabía que venías —dijo—. Se ha sentado con la cabeza ladeada y se ha puesto a escuchar. Así ha estado diez minutos y entonces has llegado. No cabe duda de que cuando has salido del recodo del camino, él se ha enterado.

—Janet —dijo Peter dejando la cartera de los libros—. Tenemos que convocar una reunión de los Siete Secretos lo antes posible.

—¡Ah, muy bien! ¿Pero por qué? ¿Ha pasado algo? —preguntó Janet, interesada. Sufrió una gran desilusión cuando Peter negó con la cabeza.

—No. Es que me he encontrado con Sussy, la temible hermana de Jack. Ha descubierto nuestra contraseña y se ha estado burlando de nosotros porque no hemos tenido ninguna reunión desde hace mucho tiempo. Así es que tenemos que reunirnos y elegir una nueva contraseña. Saca tu agenda y preparemos una reunión para tan pronto como podamos.



## La reunión de los Siete Secretos

La reunión de los Siete Secretos fue convocada para el mismo día siguiente, inmediatamente después de la salida del colegio. Fue enterada de ello la madre de Peter, que sugirió que primero los miembros del club merendasen y después celebraran la reunión.

—Yo fregaré después todos los cacharros —dijo Janet—. ¡Viva! Otra reunión secreta. ¡Qué contentos se van a poner todos!

Fueron enviadas las convocatorias. Los Siete Secretos las recibieron con entusiasmo. Jack fue a buscar en su cajón el trozo de papel donde había escrito la contraseña. Lo encontró, pero se quedó más que sorprendido cuando lo leyó. He aquí lo que decía el papel: «Acuérdate de la contraseña: “Jack Sprat”. No, “Jack Horner”. No, “Jack el Matador de Gigantes”. No, “Jack y Jill”».



Jack se quedó atónito mirando el trozo de papel escrito y frunció el ceño. ¿Por qué había escrito todo aquello? Tenía que haberlo hecho en un momento de chifladura. ¿Y cuál era la contraseña? Estaba seguro de que era «Jack Sprat».

Miró el papel con más atención.

—¡Maldita Sussy! ¡Ha añadido lo que se le ha antojado! ¡Ha registrado mi cajón, ha encontrado el papel y ha leído la contraseña! ¡En cuanto la pille...!

Pero, afortunadamente para ella, Sussy merendaba fuera de casa. Jack se lanzó a la busca de su insignia y la encontró por fin. Había temido que Sussy la hubiera encontrado también. Verdaderamente, era la hermana más cargante del mundo.

La merienda se fijó para las cuatro y media, a la salida del colegio. El cobertizo aparecía muy alegre y acogedor. Janet y Peter habían trasladado allí multitud de cosas. En un rincón había una pequeña estufa de petróleo. Había también seis velas y un cajón que hacía las veces de mesa. Janet lo había cubierto con un bonito mantel.

Había dos enormes jarras llenas de cacao caliente y, alrededor de ellas, siete tazas. Detrás, alineados en una estantería, se veían siete platos con diversos manjares.

—Bocadillos de miel, bocadillos de sardinas. Supongo, Peter, que no comerás demasiados; eres un bárbaro comiendo sardinas —dijo Janet—. Bollos partidos por la mitad y con mantequilla y dulce.

Bizcochos recién hechos. Un pastel de chocolate, también de hoy. Un bizcocho con dulce en medio, cortado ya en siete trozos por mamá. ¿Verdad que es todo estupendo? ¡Ah!, y un plato de galletas variadas.

—¡Guau! —ladró *Scamper*, y con su cola golpeó fuertemente el suelo.

—Tu plato de golosinas está ya en el suelo, pero no empezarás a merendar hasta que nosotros lo hagamos —dijo Janet.

*Scamper* miró su plato y lo husmeó con avidez. Vio dos bocadillos de sardinas, es decir, de colas y espinas; un bollo partido por la mitad con un poco de mantequilla, pero sin dulce, porque a *Scamper* le gustaba así; y una enorme galleta, de esas que son especiales para perros, con carne en conserva.

¡Menuda merienda para un perro hambriento!

—Aquí vienen —dijo Janet, cuando oyeron los pasos que se acercaban por el camino. Miró furtivamente por la ventana—. Son Pamela y Bárbara.

Llamaron.

—¡La contraseña! —gritó Peter.

—¡«Jack Sprat»! —contestaron, y Peter abrió en seguida la puerta.

Acababa de cerrarla, cuando se oyeron nuevos pasos y otra llamada.

—¡La contraseña!

—¡Ejem!... Lo siento muchísimo, Peter, pero hace tanto tiempo que tuvimos la última reunión, que se me ha olvidado —dijo una voz compungida.

Janet miró a Peter. ¿Se enfadaría y dejaría fuera al pobre Colín?

No. Peter no dio la menor muestra de enfado. Abrió la puerta y Colín entró con un suspiro de alivio.

—¡Hola! —dijo, y se quedó embelesado contemplando la merienda—. Siento lo de la contraseña, pero, francamente, hace tantísimo tiempo que no la habíamos usado...

—Está bien —dijo Peter—. La culpa es mía por no haber convocado ninguna reunión en tanto tiempo. De todas formas, esa antipática hermana de Jack la sabe, de modo que elegiremos otra.

¡Pam, pam!

—¡La contraseña! —gritó Peter—. ¡«Jack Sprat»! —dijeron dos voces, y Jack y Jorge entraron, luciendo las insignias del Siete Secretos. La puerta se cerró. Las velas esparcían una luz vacilante por el sombrío cobertizo, y todo daba una sensación de intimidad y misterio, lo cual era muy del gusto de los Siete Secretos.

—¿De qué va a tratar la reunión? —preguntó Jack, que se había sentado sobre un tiesto colocado boca abajo—. ¿Algo especial?

No —repuso Peter—. No ha pasado nada. Mala suerte. Pero no podemos dejar que nuestro club se deshaga por esperar y esperar a que pase algo. Ya hablaremos de esto después. Sirve el cacao, Janet, y acuérdate de que a todos nos gusta con mucho azúcar.



—¡Guau, guau! —aprobó *Scamper*, e inmediatamente recibió de Janet un terrón de azúcar.

Ésta sirvió el cacao y Peter pasó los bocadillos. Pronto estuvieron todos atracándose. *Scamper* se tragó sus bocadillos y su bollo en un abrir y cerrar de ojos, y luego se echó la mar de feliz para saborear su galleta con carne.

Al cabo de diez minutos todos los platos estaban vacíos. No quedó ni siquiera una galleta. Jack se echó hacia atrás, suspirando.

—Ha sido una merienda formidable —dijo—. ¿Queda un poco de cacao?

—Media taza para cada uno —contestó Janet—. Id acercándolas.

—Mientras damos este último sorbo, vamos a empezar la sesión —dijo Peter—. No es una reunión muy importante, pero tenemos bastantes cosas que discutir y planear. Si el Siete Secretos no tiene nada que investigar, debe encontrar otras ocupaciones. ¿Estáis de acuerdo, socios?

—Sí —dijeron todos de buen grado.

—Bien —dijo Peter—. Voy a empezar. ¡Deja ya de golpear el suelo con el rabo, *Scamper*, y escucha tú también!



## Una nueva contraseña y algunas ideas

Todos estaban sentados en silencio. *Scamper* dejó de golpear el suelo con el rabo y se quedó también muy quietecito, con la cabeza ladeada. Estaba muy, pero que muy orgulloso de asistir a todas las reuniones, a pesar de no ser un verdadero miembro del club.

—Ante todo —dijo Peter— tenemos que elegir una nueva contraseña, especialmente porque Sussy conoce ésta.

Jack se quedó sorprendido. ¿Cómo se había enterado Peter de que Sussy lo sabía?

—Sí, la conoce —dijo Jack, y sacó de su bolsillo el trozo de papel donde él había escrito la última contraseña, a lo que Sussy había añadido sus tonterías—. Mirad, ella encontró este papel donde yo había escrito nuestra contraseña para no olvidarla. Lo escondí, pero ella lo encontró y añadió estas majaderías. ¿Cómo lo has sabido tú, Peter?

—Me lo dijo ella misma. Al parecer, creía que nuestro club estaba en las últimas o algo así, y estuvo tan cargante, que decidí convocar una reunión en seguida. Jack, por lo que más quieras, no vuelvas a dejar nuestras contraseñas en cualquier parte.

—Te prometo no volver a hacerlo —dijo Jack, poniéndose colorado—. Pero tú no sabes lo que es tener una hermana como Sussy. No me extrañaría que en este mismo momento estuviera mirando por la ventana.

Todos, incluso *Scamper*, se volvieron hacia la pequeña ventana. Peter movió la cabeza.

—No, no hay nadie. *Scamper* ladraría si oyera el más pequeño ruido. Bueno, ¿qué hay de la nueva contraseña? ¿Se os ocurre algo?

—¡«Metomentodo»! —dijo Colín, pensando en Sussy—. Eso estaría bien.

—Sí, todos nos acordaremos de ella pensando un Sussy —dijo Janet.

—Tendremos que acordarnos de que la contraseña no es «Sussy», sino «Metomentodo» —dijo Pamela con una risita—. Estoy segura de que si alguien me pregunta la contraseña la semana que viene diré que es «Sussy».

Jack se indignaba muy a menudo con su hermana, pero no le gustó que se eligiera la contraseña a causa del carácter entrometido de Sussy. Al fin y al cabo, era su hermana, y, a pesar de que a veces era insoportable, él la quería. Movié la cabeza.

—No. Si no os importa, voto en contra de esa contraseña. Tengo otra mejor. Una que a nadie se le ocurriría. ¿Qué os parece «¡Cuidado!»? Resulta muy apropiada.

—Sí, desde luego —aprobó Peter, y los demás asintieron con un movimiento de cabeza.

Comenzaron a decirse la contraseña unos a otros con voz hueca y misteriosa. *Scamper* se mostraba bastante sorprendido.

—¡Cuidado! —dijo Janet a Bárbara, solemne.

—Cui-da-do —silabeó Colín a Jack.

—¡¡Cuidado!! —dijo Peter a *Scamper*, el cual se puso en pie de un salto y

husmeó por todos los rincones del cobertizo, creyendo que aquellas voces eran una orden para que descubriera algo... ¡Cuidado!... Bueno, él lo tendría, pero ¿de qué?

—Fijaos en *Scamper*: se ha armado un lío; no sabe qué hacer —dijo Pamela, soltando una carcajada—. No pasa nada, *Scamper*. Es sólo nuestra nueva contraseña. Bueno, no creo que ninguno de nosotros se olvide de ella. Es magnífica. «¡Cuidado!»». Le pone a una los pelos de punta.



—Ahora vamos a discutir qué es lo que deben hacer los Siete Secretos —dijo Peter—. Supongo que nadie se ha enterado de nada extraño, misterio, fuera de lo corriente, que pudiéramos investigar...

No se oyó ni una palabra. Se miraron unos a otros, interrogándose, y luego negaron con la cabeza. Bueno; ya que no hay nada extraordinario sobre lo cual hacer planes, tenemos que idear alguna ocupación —dijo Peter—. Digo esto porque hace ya mucho tiempo que no nos hemos reunido y ya sabéis que las sociedades desaparecen si no se encuentra el modo de seguir adelante. Tenemos que hacer algo para mantenernos alerta. De lo contrario, cuando aparezca algo interesante se nos escapará.

—Sí, pero ¿qué quieres decir con «hacer algo»? —preguntó Colín—. No podemos hacer que ocurran cosas.

—Eso ya lo sé —dijo Peter—. Pero podremos ejercitarnos un poco. Hacer ciertas cosas.

—¿Qué cosas? —dijo Jorge.

—Pues una de ellas es espiar a la gente —dijo Peter—. Y quizá podríamos disfrazarnos, sólo para saber si lo hacemos bien.



—¿Disfrazarnos? Pero ¿de qué? —dijo Pamela— somos niños. No podemos usar barbas postizas ni harapos. No podemos hacer el cojo, ni nada parecido. Nos descubrirían en seguida.

—Bueno, quizás esta idea no haya sido muy buena —admitió Peter—. Dejaremos eso por el momento. Pero podríamos hacer este ejercicio: nos fijamos en alguien, y después hacemos por escrito una detallada descripción de esa persona. Así aprenderemos a mirar con atención. Siempre es útil saber describir a un ladrón con todo detalle, por ejemplo —dijo Jack.

—¿Pero cómo podremos saber que es un ladrón?

—No se trata de eso —dijo Peter, empezando a impacientarse—. Se trata de ir, por ejemplo, a la estación y sentarnos en un banco. Entonces observamos a la gente que está esperando que llegue el tren.

Elegimos a alguien, sea quien sea. Le observamos con atención y guardamos en la memoria todos los detalles que vemos en él. Después, cuando se haya ido, escribimos todo lo que podamos recordar.



Sería un ejercicio muy bueno para aprender a observar a la gente.

—Me parece bastante aburrido —dijo Jorge—. Yo preferiría espiar a alguien, o algo así.

—Está bien; tú puedes hacer espionaje —dijo Peter—. Quizá las chicas sean mejores para fijarse en la gente y describirla.

—¡Guau! —ladró *Scamper* de pronto—. ¡Guau!

—Alguien anda por ahí —dijo Peter—. ¡Pronto! Abrid la puerta y dejad que salga *Scamper*. Si es *Sussy*, le vamos a dar el mayor susto que ha recibido en su vida.



## ¡Qué divertido es pertenecer a un club secreto!

No era Sussy; era la madre de Peter, que venía a decirles que ya era tarde y que si no sabían la hora que era. Se sorprendió mucho al encontrarse con *Scamper*, que salía disparado por la puerta, presa de gran excitación, y ladrando con todas sus fuerzas. El perro quedó muy desilusionado al ver que sólo era la madre de Peter.

—¡Oh mamá! ¿Ya son las seis y media? —exclamó Peter—. No ha acabado aún la reunión. Sí, ya sé que no hemos hecho los deberes todavía, pero no tenemos muchos hoy. ¿Nos dejas diez minutos más?

—Si son diez minutos, bueno —dijo la madre, y se marchó.

La puerta se cerró de nuevo y los Siete Secretos empezaron a hablar a toda velocidad.

—Jorge, tú puedes seguir a alguien sin dejarte ver, y Colín también —dijo Peter—. Vosotras, las chicas, podéis dedicaros a observar. Id a la estación, a la parada del autobús, adonde queráis. Tú y yo, Jack, haremos algo de espionaje. Buscaremos un buen sitio para espiar y observaremos lo que pasa, procurando no ser vistos. Así aprenderemos para cuando lo tengamos que hacer de verdad.

—¿Cómo podremos seguir a alguien sin que nos vea? —preguntó Jorge—. Si seguimos a una persona a la luz del día, nos verá.

—Pues hacedlo cuando esté oscuro —dijo Peter—. Pero no vayáis juntos tú y Colín cuando sigáis a alguien, pues entonces sí que os descubrirán en seguida. Eso sería tonto. Id cada uno por un lado. Elegid a alguien y seguidle sin que él os vea, hasta que llegue a su casa. Si podéis hacerlo, es que sois unos tíos.

—Prefiero dedicarme a un misterio o problema de verdad. Eso de hacer prácticas es un latazo dijo Jorge, malhumorado.

—Soy el jefe de este club, y vosotros tenéis que obedecer mis órdenes —dijo Peter con cierta altanería—. Tengo que sacar adelante al Siete Secretos, ¿no? Bueno, pues lo hago lo mejor que puedo.

—Y, a lo mejor, damos con «algo» mientras nos ejercitamos un poco en estas cosas —dijo alegremente Jack—. Donde menos se espera, salta la liebre.

—Haremos prácticas de observación el sábado por la mañana —dijo Janet—. Yo iré a la estación del ferrocarril. Me gusta estar allí, porque hay mucha actividad y mucho ruido.

—Yo iré a la parada del autobús, —dijo Pamela—. Tú, Bárbara, puedes venir conmigo.

—Bien —dijo Peter, satisfecho—. Ahora ya tenemos todos un trabajo secreto que hacer. Así no nos aburriremos hasta que demos con algo. Jack, cuando se me ocurra dónde podemos escondernos para espiar lo que pasa por allí, te lo diré.

Se levantaron todos, sintiendo que la reunión se hubiera terminado. Pamela y Bárbara se ofrecieron para ayudar a Janet a fregar los cacharros, y todos los chicos recogieron los platos y las tazas sucias y las llevaron a las chicas.



—Y ahora, a hacer los deberes —dijo Peter, gruñendo—. Desearía haber prestado más atención en clase esta mañana. No tengo la menor idea de cómo se hacen esas operaciones que nos han puesto.

Colín, Jack y Jorge dieron las buenas noches y agradecieron a la madre de Peter la fantástica merienda. Las chicas fregaron los platos entre todas, parlotando en voz muy alta. Desde luego no dijeron ni palabra de lo que había ocurrido en la reunión. Sabían que ningún miembro del club debía hacer comentarios de lo que pasaba en las reuniones de los Siete Secretos.

Pero todos pensaban mucho en ello. Era divertido pertenecer a un club secreto. Era algo que se podía guardar para uno mismo y pensar en ello por la noche antes de dormirse. Aquella noche, Janet cuando se quitó el vestido, contempló la insignia de los Siete Secretos.

«C. S. S. —se dijo—. Yo creo que deberían ser cinco eses: S.S.S.S.S. O sea, Super Sensacional Sociedad Siete Secretos. Tengo que acordarme de decírselo a Peter. El sábado por la mañana iré a la estación y observaré a alguien para después describirlo con todo detalle. No se me escapará nada ni siquiera el color de su corbata. Les demostraré a los demás lo estupenda que soy para fijarme en todos los detalles de una persona a la que mire sólo durante uno o dos minutos».

Aquella noche, Peter, cuando se acostó, pensó también en lo que Jack y él podrían hacer. ¿Un escondite para espías? ¿Dónde podría haber alguno interesante? ¿Un arbusto junto a la carretera principal? Sí, éste sería un buen sitio. Podrían llevar agendas y tomar nota de los coches que pasaran.

Podrían anotar cualquier cosa que les pareciera sospechosa o interesante. O la matrícula de los automóviles que les pareciera que llevaban exceso de velocidad. ¡Sería divertido! No lo iban a pasar mal.

Todos los miembros del club, cada cual por su lado, planeaban cuidadosamente lo que ellos o ellas tendrían que hacer. Quizá fuera Jorge el que estaba haciendo los planes con más cuidado. Tenía que seguir a alguien. ¡Pues lo haría a conciencia! Primeramente se escondería en algún sitio, esperando que pasara alguien que le llamara la atención. Después saldría sigilosamente de su escondite y le seguiría.

¡Le seguiría con el mayor silencio y disimulo! Se pondría los zapatos de suela de

goma.

«Y me deslizaré tras él en la oscuridad como un policía que persiguiera a algún espía o a algún ladrón —pensó—. Seré como una sombra. Nadie se dará cuenta de mi presencia. Elegiré a un hombre que lleve una cartera, para que la cosa parezca de verdad. Me imaginaré que lleva mapas robados, o joyas, o algo así. ¡Corcho! ¡Voy a disfrutar con este asunto!».

Por fin los Siete Secretos, cada cual en su casa, se quedaron dormidos. ¡Qué divertido era pertenecer a una sociedad secreta!



## Un poco de persecución

—Peter, ¿cuándo crees que tendremos la próxima reunión? —preguntó Janet el sábado por la mañana—. Me voy a la estación a hacer mis prácticas para el Siete Secretos. Ya sabes: observar a alguien y describirlo. Me gustaría saber cuándo puedo presentar mi trabajo al club. Voy a hacerlo estupendamente, ya lo verás.

—Pues convocaré la reunión para cualquier tarde de la semana que viene —dijo Peter—. Tendremos tiempo de sobra. Ahora me voy con Jack en busca de un buen lugar de espionaje. ¿Me llevo lápiz? Sí, me lo llevaré. Aquí está. Bien, Janet, buena suerte en la estación y no observes a una persona solamente. Eso sería demasiado fácil. Observa por lo menos a tres.

—He pensado que debo procurar observar a alguien que todos conozcamos —dijo Janet—. Así veríamos si lo podíais reconocer cuando leyera mis anotaciones.

—Buena idea —dijo Peter—. Bueno, me voy a reunirme con Jack.

Salió, y Janet se fue en dirección opuesta, hacia la estación. Pasó por delante de Bárbara y Pamela, que estaban sentadas en un banco junto a la parada del autobús, muy risueñas y con los cuadernos de notas en sus manos.

—¿Habéis empezado ya? —les preguntó Janet en voz baja.

—No. Todavía no ha parado aquí ningún autobús —repuso Pamela—. Cada una elegiremos un pasajero en el momento en que baje, y esperaremos a que se marche el autobús. Entonces escribiremos todo lo que recordemos del pasajero elegido.

En aquel momento Colín y Jorge no pensaban en sus trabajos del Siete Secretos. Los dos habían decidido hacerlos por la noche. En la oscuridad, sería mucho más fácil seguir a una persona. Desde luego, no irían juntos. Peter lo había prohibido.

Pero, al caer la tarde, sólo salió Jorge de casa. Colín había estornudado tres veces, y su madre lo había oído. Como sabía que se constipaba con gran facilidad, se negó a dejarle salir después de la merienda.

—¡Oh mamá! ¡Tengo que marcharme! —suplicó Colín, desesperado—. Es un trabajo del Siete Secretos y lo he de hacer.

—¿No lo puedes dejar para otro día? —le preguntó su madre—. Estoy segura de que no es absolutamente necesario que se haga esta noche.

Colín titubeó.

—Pues... sí. Creo que se podrá dejar para otro día —repuso sinceramente—. Bueno, mamá, no iré esta noche. Pero me dejarás ir otro día, ¿verdad?

De modo que solamente Jorge fue a ejercitarse en seguir la pista a una persona aquel anochecer. Se había puesto los zapatos de suela de goma para no hacer ruido al correr ni al andar. Llevaba un abrigo oscuro para no destacarse en la penumbra y hasta había embadurnado de negro su cara. Tenía un aspecto sumamente extraño.

Se miró en el espejo y una sonrisa dilató su boca. Sus dientes, de un blanco deslumbrante, resaltaron de pronto en su cara negra.

—Lo mejor será que me escurra por la puerta que da al jardín —decidió—. Si mi

madre me ve le dará un ataque. ¡Estoy horrible!

Decidió coger una porra de goma que le regalaron en Navidad, para dar más realidad al asunto.

«¡Ahora puedo figurarme que soy un verdadero policía!», pensó, haciendo jugar la muñeca al balancear la porra de goma. Parecía de las de verdad, pero era de goma esponjosa y de color castaño.

Bajó furtivamente la escalera y salió por la puerta del jardín. Los zapatos de goma no hacían el menor ruido. Anduvo por el sendero hasta la puerta trasera y salió silenciosamente a la oscura calle. Los faroles estaban encendidos. Tendría que huir de la luz.

Siguió adelante con cautela, balanceando su porra. ¡Cuidado, ladrones! ¡Cuidado, espías! Mucho cuidado, que Suelas de Goma os sigue la pista como sólo él sabe hacerlo.

¿A quién podría seguir? No llegaba nadie. Pero... ¡un momento! ¿No era aquello el autobús que se acercaba? Sí.

¡Estupendo! Dejaría algunos pasajeros, y él podría seguir la pista a alguno hasta su casa, fuera adonde fuese.

El autobús paró en lo alto de la calle, y Jorge distinguió algunas sombras oscuras al descender la gente. Alguien que había bajado del autobús se dirigía ahora hacia él. Jorge se pegó a un seto y esperó, sin atreverse siquiera a respirar.

El hombre se acercaba. Era un individuo alto, encorvado, que llevaba en la mano un maletín y se cubría con un hongo... «Supongamos que hay joyas robadas en el maletín. Le seguiré la pista hasta su misma casa, y sabré dónde habita este supuesto ladrón».

La cosa parecía muy real. Era noche cerrada. El hombre se acercaba sin sospechar que un chico le espiaba agazapado en las sombras de un seto. Jorge sintió de repente que su corazón empezaba a latir con más fuerza. El hombre pasó por delante de él.

Ahora, a seguirle sin que lo notase. Si él se daba cuenta de la persecución de Jorge, ello indicaría que éste había fallado. Pero Jorge estaba seguro de que podía seguir al hombre hasta su misma casa sin ser descubierto.





Se apartó del seto y empezó a seguir al hombre, sin salir de la sombra proyectada por los árboles que bordeaban la calle. Así llegó hasta la esquina. Al doblarla, se dijo: «¡Cuidado ahora! Encógete para evitar que ese hombre se dé cuenta de que le siguen».

Jorge dobló la esquina con cautela. Llevaba la porra de goma en una mano y se imaginaba que corría gran peligro y que aquel hombre era un fiero ladrón.

Dejó escapar un suspiro de alivio. Allí estaba el hombre, hacia la mitad de la calle. Jorge continuó la persecución.

«Mira hacia atrás, Jorge, del mismo modo que miras hacia delante. ¡Pronto, Jorge, mira a tus espaldas!».



## El pobre Jorge recibe una fuerte impresión

Pero Jorge no miró hacia atrás. Sólo miraba hacia delante, mientras seguía al hombre resueltamente.

Una vez él se paró para encender un cigarillo, y Jorge se lanzó a través de la entrada de un jardín cercano, temeroso de que el hombre pudiera volverse a mirar.

Al cabo de medio minuto salió y vio que el hombre continuaba su camino, balanceando su maletín.

Jorge se fue tras él, decidido a acercarse más para ver bien dónde vivía cuando entrara en su casa.

Se acercó, pues, con una sensación de intrepidez y triunfo. Y entonces, de pronto, sucedió algo imprevisto.

Jorge oyó unos pasos rápidos detrás de él. Después una pesada mano cayó sobre su hombro y una voz áspera le dijo:

—¿Por qué sigues furtivamente a ese caballero que va ahí delante?... ¿Qué llevas en la mano? ¡Ah, una porra! ¡No niegues que pensabas usarla, bribonzuelo, granuja!

Jorge estaba tan atónito que no podía articular palabra. Se quedó mirando sin pestañear al desconocido, el cual le arrastró hasta un farol cercano.

—¿Te has pintado la cara de negro o es que eres de color? —preguntó el hombre.

Era un individuo joven, fuerte y lleno de energía, al parecer. De pronto, sacudió a Jorge.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

Frotó la cara de Jorge y dio un silbido.

—Te la has pintado de negro. ¿Por qué? ¿Eres uno de esos miserables gamberros que se dedican a golpear a personas inocentes para robarles y huir después? —exclamó el joven, sacudiendo otra vez a Jorge brutalmente.

Jorge recobró el uso de la palabra.

—¡Déjeme! —dijo indignado—. ¡Yo no soy un gamberro! Seguía a ese señor para..., bueno, para hacer prácticas únicamente.

—No creo una palabra de lo que dices —replicó el hombre—. Te vengo siguiendo desde el autobús, sinvergüenza. Te he visto esconderte en varios sitios y andar agachado al doblar las esquinas, siempre siguiendo a ese individuo del maletín. Ven conmigo; te llevaré a la jefatura de policía. ¡Allí podrás contar esos cuentos!



Entonces Jorge se sintió verdaderamente asustado. Intentó escabullirse, pero el hombre le sujetaba fuertemente.

—Por favor, no me lleve a la policía —imploró Jorge—. Mi madre se asustará. Lléveme a mi casa. Le daré mi nombre y dirección, y usted me acompañará. Verá como soy un chico normal y no un gamberro. Ni en sueños se me ocurriría perseguir a nadie para robarle.

—Muy bien. Te llevaré a tu casa —dijo el hombre, ceñudo—. Y diré cuatro palabras a tu padre, jovencito. Lo que necesitas es una buena tunda.

Y el pobre Jorge tuvo que ir trotando al lado del hombre hasta su casa. El desconocido le tenía agarrado por el cuello tan fuertemente, que el chico casi no podía respirar.

En su casa no lo pasó nada bien. El hombre hizo que su inocente aventura pareciera algo muy grave.

Su madre se escandalizó, y su padre se puso hecho una furia.

—Yo no tenía intención de hacer nada malo —explicó el pobre Jorge, afligido—. Sólo cumplía las órdenes que me había dado Peter, que es el jefe del club de los Siete Secretos. Estamos haciendo prácticas para estar preparados si se presenta algún misterio. Eso es todo. Tenía que seguir a alguien, y así lo hice. Pero no había ningún mal en ello.

—No lo dudo —dijo el padre—. Pero para ti, Jorge, se ha terminado ese club secreto. Si veo que te trae a casa un señor desconocido, que te acusa de perseguir a un anciano inofensivo, armado con una porra y con la cara embadurnada de negro, lo único que puedo decir de esa sociedad secreta es que te lleva por mal camino.

—Estoy de acuerdo —dijo la madre—. No debe pertenecer a ella de ningún

modo.

Jorge miró a sus padres con profunda consternación.



—¡Pero papá! ¡Pero mamá! Vosotros no podéis comprenderlo. De ninguna manera puedo dejar de pertenecer al Siete Secretos. No me dejarán marchar. ¡Es necesario que pertenezca!

—¡Basta, Jorge! —dijo el padre, con voz tajante—. Ya sabes que a mí no se me discute. Una palabra más y recibirás una buena bofetada. Ve a lavarte esa cara, y mañana le dices a tu club secreto que has dejado de pertenecer a él. ¿Me oyes?

—Sí, papá —dijo Jorge, lleno de amargura.

Dio las buenas noches en voz baja, lanzó al desconocido una mirada asesina y salió de la habitación. Estuvo a punto de dar un portazo, pero decidió no darlo. Su padre no se andaba con contemplaciones cuando tenía un arrebatado de genio. ¡Fue un milagro que Jorge no recibiera una buena zorra aquella noche! Ciertamente, habría sido peligroso dar un portazo.

¡Pobre Jorge! Se lavó la negra cara, se desvistió y se metió en la cama. ¡Qué cosa tan terrible era dejar de pertenecer al Siete Secretos! ¿Qué le harían? Iban a quedar solamente seis. ¿Querrían llamarse los Seis Secretos? Las iniciales seguirían siendo C.S.S.

O (y esto sí que sería espantoso) nombrarían a alguien para ocupar su puesto. Jorge sintió que esto no podría soportarlo. Hundió la cara en la almohada y apretó los dientes. ¡Era terrible! Él solamente había hecho lo que Peter le había ordenado que hiciera, y, además, lo había hecho muy bien. Y aquel hombre odioso había creído que él intentaba hacer algo malo y le había llevado a casa.

Al día siguiente tendría que ir a decírselo a Peter y a Janet. Habrían de convocar una reunión para el lunes por la tarde y decidir lo que harían sin él. Él asistiría por última vez. Y después, nunca, nunca más tomaría parte en aquellas emocionantes reuniones secretas.

—Si sigo pensando en esto, no sé lo que haré —dijo Jorge, y empezó a golpear la almohada furiosamente, imaginándose que golpeaba al hombre que le había llevado a casa—. ¡Toma! ¡Toma!

Después de este desahogo se sintió mejor, pero tardó mucho en quedarse dormido. ¡Pobre Jorge!



## Jorge dimite y se elige un nuevo miembro

El lunes por la tarde, inmediatamente después de la salida del colegio, se convocó una reunión de los Siete Secretos. Los siete sabían que el motivo era Jorge.

El domingo por la mañana, Jorge había ido a ver a Peter y le había contado lo ocurrido. Peter se quedó de una pieza.

—Convocaremos una reunión tan pronto como sea posible —dijo— para ver lo que podemos hacer.

¡Pobre Jorge! ¡Esto es horrible!

De aquí que se celebrara una solemne y grave reunión, en el pequeño cobertizo cuya puerta ostentaba las iniciales C.S.S. Jorge, al entrar, dijo la contraseña con voz temblorosa. Llevaba la insignia por última vez.

—«¡Cuidado!» —dijo, y la puerta se abrió. Todos estaban allí, incluso *Scamper*.

—¡Hola, Jorge! —dijo Janet, sintiéndose muy triste al ver la expresión abatida de Jorge—. ¡Qué mala suerte!

—Me figuro que Peter os habrá contado ya lo que ha sucedido —dijo Jorge, sentándose en un cajón—. Fue... bueno, lo que Janet acaba de decir: mala suerte.

Jorge se quitó la insignia y se la dio a Peter, el cual la prendió con todo cuidado en su jersey, junto a la suya.

—Y ahora presento la dimisión como miembro del club de los Siete Secretos —dijo Jorge con voz vacilante—. Gracias por haberme dejado pertenecer a él. Siento muchísimo dejarlo, pero mi padre me lo ordena.

—¡Qué faena te ha hecho! —dijo fieramente Pamela, que se sentía muy apenada por lo ocurrido a Jorge.

Pero Jorge no quería que se dijera nada en contra de su padre, por mucho que sintiera que le hubiese obligado a dejar los Siete Secretos.

Sin titubeos replicó:

—No, no es él el que me ha hecho la faena. La culpa fue de aquel hombre. Todo lo armó él. Él sabía que yo no hacía nada malo. Él es el culpable, y no mi padre.



—Pero ¿quién es ese hombre? ¿Le conocías? —preguntó Jack.

—No tengo ni la menor idea —dijo Jorge—. No lo había visto nunca. Cuando papá preguntó dónde vivía, dijo que en ese pequeño hotel llamado «Starling». Pero no dio su nombre.

—¡Estoy decidido a ir a averiguar quién es y decirle lo que pienso de él! —dijo Jack, furioso, pues apreciaba mucho a Jorge.

—Buena idea —dijo Peter—. Colín y yo iremos contigo, Jack. Es lo menos que podemos hacer por el bueno de Jorge. ¡Le diremos a ese pollo lo que pensamos de él!

—¡Os llevará a casa también y os meterá en un lío! —dijo Jorge, confortado por el interés que le demostraban—. Os aseguro que no comprendo por qué se puso tan pesado a pesar de que le dije quién era y dónde vivía.

—Hotel «Starling» —dijo Peter, apuntándolo resueltamente en su agenda—. Iremos, preguntaremos por él y le diremos que ha hecho una cosa indigna.

—Yo también voy —dijo Pamela valerosamente.

Pero Peter manifestó que los tres chicos se las arreglarían solos.

—¿Qué vas a hacer ahora con los Siete Secretos? —preguntó Jorge a Peter, después de una pausa—. Quiero decir que, ahora que estoy fuera, sois sólo seis. ¿Seréis los Seis Secretos?

—No —repuso Peter—. Empezamos como los Siete Secretos y como siete tenemos que seguir. No se puede cambiar repentinamente una sociedad tan

importante como la nuestra.

—Comprendo —dijo Jorge—. Entonces tendréis que elegir un séptimo miembro. No me hace ninguna gracia. ¿A quién elegiréis? ¿A Lenny o a Richard?

—A ninguno de los dos —dijo Peter con firmeza, y todos le miraron deseosos de saber lo que había decidido.

—¿No hubiera sido mejor nombrar a alguien y luego ponerlo a votación? —preguntó Colín—. Eso en el caso de que tengamos que elegir a alguien. Tampoco a mí me hace gracia la idea de que otro ocupe el lugar de Jorge.

—A todos os gustará el elegido, os lo aseguro —dijo Peter, y sus ojos brillaron al mirar a los demás—. Nadie dirá que no, ya lo veréis.

—¿Quién es? —preguntó Janet, curiosa.

—Está con nosotros esta noche —dijo Peter—. Pero no será miembro permanente, sino temporal: sólo será miembro del club hasta que vuelva Jorge. Porque estoy decidido a buscar a ese hombre y hacerle ir a hablar con los padres de Jorge para pedirles que le dejen pertenecer de nuevo a los Siete Secretos.

—¿Pero quién es ese miembro temporal? —preguntó Jorge, y añadió paseando la mirada por todo el cobertizo—: Aquí no hay nadie además de nosotros.

—¡*Scamper!* —dijo Peter, mientras el perro daba un salto al oír su nombre, y empezaba a mover vigorosamente la cola—. *Scamper* —añadió—, ¿quieres ser un verdadero miembro del Siete Secretos hasta que recobremos a Jorge?

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —ladró *Scamper* alegremente, como si hubiera entendido lo que le decían.

Todos, incluso Jorge, se echaron a reír.

—¡Oh Peter! —dijo Jorge—. *Scamper* es el único que no me importa que ocupe mi puesto. Él ha pertenecido siempre al Siete Secretos, ¿verdad? Espero volver, pero ya no estoy tan preocupado desde que sé que es *Scamper* el séptimo miembro. No podía soportar la idea de que Lenny o Richard ocuparan mi sitio.

Todos se sintieron más alegres. *Scamper* empezó a corretear en torno a los miembros del club, lamiendo todas las rodillas y manos que pudo.

—Parece estar diciendo: «Gracias, gracias; es un gran honor para mí» —dijo Jack—. ¡Magnífico, *Scamper!* Peter, ponle el emblema en la correa. ¡Por favor, acuérdate de la contraseña, *Scamper!* Deja que te la diga al oído... «¡Cuidado!».

La reunión se dio por terminada. Jorge dijo adiós con cierta solemnidad. *Scamper*, lleno de orgullo, acompañó a los miembros del club hasta la puerta y después regresó. ¡Habría que ver la cara que pondrían los demás perros cuando les enseñara la magnífica insignia!





## Unos cuantos relatos

A la noche siguiente, los Siete Secretos celebraron otra reunión para conocer los resultados de los trabajos de las observadoras. Se hallaban allí los siete miembros, pero esta vez el séptimo era *Scamper* y no Jorge. Resultaba rara la reunión sin él.

Era casi como una conferencia de negocios. Janet habló primero. Sacó su cuaderno de apuntes y empezó a leer.

—Estuve en la estación del ferrocarril —dijo— y escogí tres personas para observarlas cuando pasaran, tres personas que bajaron del tren que llega de Pilberry a las diez y trece minutos. Primera persona: mujer mayor, de cara redonda, nariz grande, con una verruga a un lado, y pelo rizado, de color gris. Vestía un abrigo verde con cinturón y llevaba un sombrero con muchas cerezas rojas de adorno.

—¡La señora Lawson! —gritaron todos a la vez, y Janet tuvo un gesto de satisfacción.

—Sí —dijo—, completamente correcto. La elegí solamente para ver si era capaz de describirla lo bastante bien para que la reconocierais. Ahora, la segunda persona. No es muy interesante. Mujer joven, con uniforme de enfermera, pelo rubio, cara redonda, de muñeca, pies pequeños y andar rápido.

—Es una descripción corta, pero buena —dijo Peter—. Creo que la reconocería si la viera. Eres una buena observadora, Janet.

Janet enrojeció de satisfacción. La encantaba que Peter la alabase.

—Y aquí está el último —continuó—. Lo elegí porque era un tanto extraño. Escuchad. Hombre muy encorvado, que cojea un poco, con un sombrero viejo de fieltro muy encasquetado, un abrigo largo de hombros muy rectos, pies pequeños para su altura, una mano la mar de rara...

—¿Qué quieres decir con eso de «una mano la mar de rara»? —preguntó Peter.

—La verdad es que no sé muy bien cómo era su mano —respondió Janet—. Parecía que le faltaban dos dedos; era encorvada, deforme. ¡Ah!, y fumaba un cigarrillo con una boquilla larga. Eso es todo.

—¿Y el color de su pelo? ¿Llevaba corbata o bufanda? ¿Y cómo andaba: de prisa, despacio, a paso normal?...



—Tenía el sombrero demasiado hundido; así es que no pude ver su pelo. Y no llevaba ni corbata ni bufanda —aclaró Janet—. Y cojeaba un poco. Bueno, ¿creéis que lo podríais reconocer si lo vierais?

—¡Desde luego! —asintieron todos—. Formidable, Janet.

—Ahora vosotras, Bárbara y Pamela —dijo Peter. Pero sus anotaciones resultaron bastante tontas e inservibles.

—Por lo visto, habéis tenido uno de vuestros tontos ataques de risa —dijo Peter, reprendiéndolas—. No leáis nada más. No serviría para nada si verdaderamente intentáramos descubrir algo. Muy mal las dos. Ahora tú, Colín. ¿Seguiste a alguien?

—No —dijo Colín—. Pesqué un catarro el sábado por la noche y mi madre no me dejó salir. Saldré después de esta reunión. Lo siento, pero no fue culpa mía.

—Está bien —dijo Peter—. Ahora sólo quedamos Jack y yo. Descubrimos un buen sitio para espiar entre unos espesos arbustos que crecían alrededor del tronco de un gigantesco olmo. Nos tapaban maravillosamente. Nos escondimos allí y estuvimos mirando a través de las ramas. Al principio no vimos nada.

—Por esa carretera no pasa mucha gente —explicó Jack—. Es la calle de Fairmile. Ya sabéis lo larga que es. Casi todos los que han de pasar por ella toman el autobús. Después de esperar un gran rato, vimos a alguien.

—En fin de cuentas no tenemos mucho que contar —dijo Peter—. La única cosa interesante que vimos fue un coche que se paró cerca de nosotros.

—¿Y que interés tiene eso? —preguntó Pamela.

—No es que resultara muy interesante —dijo Peter—. Todo lo que sucedió fue que bajó un hombre con un perro, un magnífico perro de aguas gris, a trozos cubierto con un pelo esponjoso y a trozos sin pelo. Ya sabéis cómo son los perros de aguas. Me pareció que el animal estaba asustado. Pero no; era que se había mareado. Pronto se puso bien y empezó a husmear por el suelo tranquilamente.

—Sin embargo, no le gustó volver al coche —dijo Jack—. Empezó a gemir desesperadamente y se apuntalaba con todas sus fuerzas en el camino, para no seguir al hombre que tiraba de él y que le trataba con bastante dureza.

—Eso es que el pobre animal sabía que se iba a volver a marear —dijo Janet—. ¿Te acuerdas del perro de nuestro vecino, Peter? Cada vez que salía en coche, aullaba de tan enfermo como se sentía.

—La verdad, chico: eso es muy poco interesante —dijo Bárbara, contenta de poder vengarse de la sincera opinión de Peter sobre su información y la de Pamela—. ¿Anotasteis el número de la matrícula? Apuesto a que no.

—No había motivo para que lo hiciéramos —dijo Peter—. Pero lo hicimos. Aquí está: «PCM 188».

—PCM... ¡Perro con mareo! —dijo Colín—. ¡Eso es fácil de recordar!

Hubo risas y luego un silencio. Peter cerró su agenda.

—Esto es todo —dijo—. No creo que hayamos hecho nada útil. El mejor trabajo es el de Janet. Nos demuestra lo bien que ella podría describir a una persona a la que viera durante medio minuto. La policía está siempre pidiendo descripciones de personas, y casi nadie recuerda nada de ellas.

—Pero Janet les podría dar mil detalles —dijo Pamela, algo celosa.

—La única cosa de importancia que ha resultado de esta idea es que Jorge ha tenido que dejar los Siete Secretos —dijo Colín, tristemente—. ¿Tú crees que vale la pena que yo siga a alguien esta noche? Ya hemos visto que es un trabajo bastante inútil, y no quisiera ser atrapado como Jorge.

—Jorge debió mirar hacia atrás tanto como hacia delante —dijo Peter—. Tú no cometerás ese fallo. Creo que deberías hacer tu parte de trabajo, Colín. Y estoy decidido a que Pamela y Bárbara repitan el suyo.

Pero las chicas le miraron tan furiosas, que decidió no decir nada más. Colín se levantó.

—Bueno, me voy a hacer mi trabajo —dijo—. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—¿Y si nos fuéramos a casa a jugar? —sugirió Janet—. Hemos quedado cinco..., perdón, *Scamper*, seis..., me había olvidado de ti... Falta una hora para la cena. Vamos a casa, Pamela, Bárbara y Jack.

Los cinco entraron en la casa, y pronto estuvieron jugando tranquilamente a las cartas. Pero la tranquilidad no duró mucho tiempo. ¿Quién era el que llamaba a la ventana?

—Abrid la ventana. ¡Tengo algo que contaros!



## El extraño relato de Colín

—¡Abrid la ventana! —dijo Janet, dejando a un lado las cartas—. ¡Es Colín!  
¿Qué habrá pasado?

Peter abrió la ventana y Colín saltó al interior. Estaba jadeante.

—Gracias —dijo—. No quise entrar por la puerta de delante ni por la de atrás, para evitar que vuestra madre me viera y me hiciera preguntas. Os he visto aquí, jugando a las cartas, y por eso he llamado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Peter—. Vas todo sucio y te sangra una mano.

—¡Oh, eso no es nada! —dijo Colín—. ¡Escuchad! Ya sabéis que os he dejado para ir a seguir a alguien, ¿verdad?

—Sí —dijeron todos.

—Bueno, pues al principio no vi a nadie, y encima empezó a llover. Ya estaba más que harto. Por eso decidí seguir a la primera persona que viera.

—¿A quién? —preguntó Jack.

—A un hombre joven que llevaba un perro —dijo Colín—. Pensé que lo habría sacado a pasear, pero no parecía que al perro le gustara mucho el paseo: no hacía más que aullar y tirar de la correa. Temí que me hubiera olfateado, pues les seguía a poca distancia, pero no fue así. Al principio no pude ver cómo era el perro, pues la calle estaba muy oscura y llovía. Pero después el hombre y el perro pasaron junto a un farol y entonces lo pude ver.

—¿Qué clase de perro era? —preguntó Janet.

—Un *bull-terrier* —repuso Colín—. Una preciosidad, una verdadera preciosidad. Una amiga de mi madre los cría, y por eso cuando veo uno sé si es de pura raza. Bueno, el caso es que los seguí, cosa muy fácil, pues el hombre estaba tan ocupado con el perro, tirando de él para que le siguiera, que no se dio cuenta de que yo iba detrás.

—Sigue. ¿Qué pasó para que estés tan agitado? —preguntó Peter, impaciente.

—En seguida lo sabrás —dijo Colín—. Los seguí a lo largo de la calle de Hartley y a través de la plaza de Plain, y también por una callejuela oscura que pasaba entre edificios enormes. Fui callejuela abajo poco a poco, porque no podía ver bien el camino y no me atrevía a encender la linterna.



—¿Pero veías al hombre?

—Déjame que lo cuente a mi modo —dijo Colín—. Estoy llegando a la parte interesante. Fui callejuela abajo y, justamente cuando estaba llegando al final, oí que el hombre volvía. Supe que era él, porque tiene la misma tos ronca que mi abuelo y venía tosiendo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Janet cuando Colín hizo una pausa para tomar aliento.

—Me pegué a una puerta y el hombre pasó por delante de mí sin verme. Pero no llevaba el perro.

Me pregunté dónde lo habría dejado, y por qué habría ido hasta allí y habría vuelto... Total que fui hasta el final de la callejuela y encendí la linterna.

—¿Estaba el perro allí? —preguntó Pamela.

—No —dijo Colín—. La callejuela termina en un pequeño patio rodeado de paredes altísimas. Es una porquería de sitio; está lleno de basura. Encendí la linterna, esperando ver al perro atado en alguna parte, o quizás en una perrera, pero no había ni rastro de él.

—Entonces, ¿dónde estaría? —preguntó Janet después de una pausa.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Colín—. Miré en todas partes para ver si le encontraba, escuché para ver si le oía, lo llamé, pero nada: ni un gruñido, ni un aullido, ni el menor movimiento. Y como no hay más salida que la de la callejuela, ya os podéis imaginar lo perplejo que me he quedado. Un perro no puede desaparecer así como así, ¿no es verdad?

—¡Guau! —ladró *Scamper*, como diciendo: ¡No!

—Busqué por todo aquel horrible patio —dijo Colín—. Ésta es la causa de que

esté tan sucio. Y me arañé la mano con algún alambre. Os aseguro que no había ni rastro del magnífico *bull-terrier*, y ninguna puerta ni hueco por el que se hubiera podido meter. ¿Dónde estaría? ¿Qué habría hecho aquel hombre con él y por qué lo habría hecho? Me di por vencido y he venido a contároslo todo.

—Aquí hay algo muy raro —dijo Peter—. Voto porque mañana vayamos a explorar ese patio. Si hay algún escondite para un perro, lo encontraremos en seguida.

—¡Qué pena que no esté Jorge! —exclamó Janet—. Peter, ve al hotel «Starling», a ver si consigues que ese joven de mal genio vaya a hablar con los padres de Jorge para que le dejen volver al Siete Secretos. ¡Se pondrá tan triste cuando sepa que estamos metidos otra vez en un asunto sospechoso y que no puede tomar parte en él!

...

—Iremos mañana al salir del colegio —dijo Peter—. Y después, ¡a explorar ese patio!

—Sí, los perros no desaparecen así como así —dijo Jack—. Seguro que hay allí una perrera o algo que tú, Colín, no pudiste ver en la oscuridad.

—¡Qué ha de haber! —dijo Colín—. Te doy un chelín de mi hucha si encuentras allí una perrera.



## El joven del hotel «Starling»

A la tarde siguiente, una vez salieron del colegio, Colín, Jack y Peter se fueron al hotel «Starling» a ver si encontraban al hombre que había llevado a Jorge a casa noches atrás y que había sido la causa de que el chico dejara el club de los Siete Secretos.

Estudiaron lo que debían decirle.

—Le explicaremos las cosas magníficas que hemos hecho los Siete Secretos —dijo Peter—. Pronto se dará cuenta de que un club que lleva a cabo hazañas como las nuestras, sólo puede tener como miembros chicos y chicas decentes. Quizá le diga que vaya a la policía a preguntar por nosotros. Ellos se pondrán de nuestra parte, porque les hemos ayudado muchas veces.

Por fin llegaron al «Starling». Era un hotelito modesto. Había una mujer en el vestíbulo, y Peter le preguntó cortésmente si se hospedaba allí algún hombre joven, y si podrían hablar con él.

—¿Cómo se llama? —preguntó la mujer.

—No lo sabemos —repuso Peter.

—Bueno, entonces, ¿cómo es? —preguntó la mujer, empezando a impacientarse.

—Pues... tampoco lo sabemos —respondió Peter, sintiéndose en ridículo, y lamentando no haber pedido a Jorge una descripción de aquel hombre—. Lo único que sabemos es que es joven.

—En fin, supongo que preguntáis por el señor Taylor —dijo la mujer, de mala gana—. Es el único joven que se hospeda aquí. Esperad en esa habitación. Voy a decirle que queréis hablar con él.

Entraron en una diminuta habitación y se quedaron allí de pie, esperando. Pronto entró un joven que miró a los chicos con curiosidad.

—¿Qué queréis?

Peter se lo explicó.

—Venimos a hablarle de nuestro amigo Jorge —dijo—. El chico a quien usted llevó a su casa la otra noche. Usted creyó que estaba haciendo algo malo, pero sólo iba siguiendo a un señor para hacer prácticas. Pertenecía a nuestro club secreto, ¿sabe usted?, y nosotros hacemos muchas cosas. Sus padres le han obligado a darse de baja del club, y...





—Bueno, pero eso no tiene nada que ver conmigo —dijo el joven—. No puedo hacer nada. ¡Si él no hubiera ido haciendo tonterías por la calle...!

—Él no hacía ninguna tontería —dijo Peter, acalorándose—. Le repito que somos un grupo muy conocido aquí. La policía sabe quiénes somos. La hemos ayudado en más de una ocasión.

—¡Qué majadería! —exclamó el desconocido—. ¡Llame al inspector y pregúntele por nosotros! —dijo Jack, indignado.

El joven se mostró asombrado al oír esto. Se quedó mirando a Jack como si se preguntara si debía o no llamar a la policía.

—Bueno, seáis o no amigos de la policía, no quiero nada con vuestro amigo Jorge o como se llame —dijo el hombre—. Así es que ya lo sabéis. Él no tiene derecho a perseguir a la gente ni jugando ni sin jugar. Conque ya lo sabéis. Y ahora largaos. No os quiero ver por aquí.

Colín no había pronunciado una palabra. Había estado mirando fijamente al joven y Peter se preguntaba por qué. ¿Querría hacer lo que habían hecho las chicas, es decir, observarle de cerca para describirlo después?

Al salir, apesadumbrados y resentidos, se oyó el ladrido de un perro. Colín se volvió hacia el desconocido.

—¿Ese perro que ladra es el suyo? —preguntó.

—¿Qué perro? ¡No! Yo no tengo ningún perro. Y si lo tuviera no estaría aquí. No

se admiten perros en esta casa.

Colín no dijo nada más, y los tres chicos salieron del hotel. No dijeron nada hasta que se hubieron alejado un buen trecho.

—¡Es odioso! —exclamó Peter—. ¡Qué horribles son su fría mirada y sus labios delgados! Apenas le vi, me di cuenta de que es uno de esos tipos a los que les gusta meter a la gente en enredos. Una vez tuvimos en el colegio un profesor malísimo que tenía la boca igual.

—Colín, ¿por qué no nos ayudaste? —dijo Jack, mientras iban calle abajo—. No dijiste una palabra hasta el momento en que le preguntaste sobre el perro que ladraba. ¿Por qué fuiste tan mal compañero? Debiste ayudarnos.

—Espera un momento: pronto sabrás la razón —dijo Colín, y entonces sus amigos se dieron cuenta de que se moría de ganas de decir algo—. Primero hay que perder de vista el hotel «Starling».

Recorrieron unos cien metros. Entonces, Colín dijo en voz baja:

—Ese individuo, ese joven, es el mismo que vi la noche pasada con el perro que desapareció.

Jack y Peter se detuvieron, sorprendidos.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro? Pero si tú le preguntaste si era su perro el que ladraba y él te contestó que no, que no tenía ningún perro.

Peter dijo esto en voz demasiado alta. Colín, temiendo que los transeúntes le pudieran oír, lo cogió del brazo y lo sacudió.

—¡Silencio! ¿No comprendes que nos pueden oír? Esto puede ser importante.

—Desde luego, es algo muy interesante —dijo Peter—. Ahora vamos a explorar ese patio de que nos hablaste. Sabemos que nuestro hombre está en el «Starling». De modo que no nos molestará.

—Vamos al patio —dijo Colín—. Menos mal que las chicas no vienen con nosotros. Se pondrían perdidas. ¡Maldición! Aquí está Sussy.

Efectivamente, Sussy llegaba como un huracán, y ya sin aliento.

—¡Peter! Me he enterado de que Jorge ya no pertenece a los Siete Secretos. Por favor, dejadme ingresar a mí. Jack, dile a Peter que me admita.

—De ningún modo —dijeron a la vez los tres chicos—. Ya tenemos el séptimo socio. Gracias —dijo Peter, acordándose, encantado, de *Scamper*.

—¡Qué mala pata! Creí que llegaba a tiempo dijo Sussy, y se marchó a todo correr.

—¿Habéis visto cosa igual? —exclamó Jack—. ¡Es el colmo! ¡Hala! Vamos a ese patio antes de que a Sussy se le ocurra seguirnos. ¡Qué temible es!



## Un descubrimiento sorprendente

Los tres chicos se dirigieron al patio de que les había hablado Colín.

—Primero hay que ir por la calle de Hartey; después hay que cruzar la plaza de Plain. Entonces se llega a la parte más pobre de la ciudad.

Tardaron un cuarto de hora en llegar a la plaza de Plain, porque el Hotel «Starling» estaba en el otro extremo de la población. Cruzaron la plaza y Colín buscó la callejuela que se internaba entre los altos edificios.

—Hay dos o tres callejas —dijo Peter—. ¿Cuál de ellas es, Colín?

Colín titubeó.

—¡Es todo tan distinto a la luz del día! —dijo—; Creo que es ésta, pero sólo cuando lleguemos al patio estaré seguro de si es o no.

Nunca olvidaría aquel patio. ¡Era un lugar tan sucio, tan lleno de basura!...

Eligieron una de las callejuelas y se internaron por ella. Daba a un patio sin salida que evidentemente había sido acondicionado para que jugaran los niños. En aquel momento había en él varias niñas pequeñas, unas montadas en triciclos y otras empujando cochecitos. Se quedaron paradas mirando a los tres muchachos.

—No es ésta —dijo Colín.

Volvieron atrás, eligieron la inmediata callejuela y entraron en ella.

—Creo que es ésta —dijo Colín—. Aquí está la puerta donde me escondí para que pasara ese hombre sin verme.

Llegaron al final de la callejuela y Colín lanzó una exclamación.

—¡Sí, éste es el patio! Me acuerdo de ese montón de cajas viejas, y de ese coche de niño roto y oxidado. Aquí es donde el antipático joven trajo al perro. Lo dejó en algún sitio y volvió sin él.

Los chicos miraron en todas direcciones. Altas paredes cerraban el reducido patio, al que daban varias ventanas pequeñas y polvorientas. Peter se sintió asaltado por el temor de que alguien abriera una de aquellas ventanas y le dijera a gritos que se fueran.

—Escuchad —dijo en voz baja—. Conviene que hagamos como si buscamos una pelota o algo así, Si no disimulamos y alguien nos viera, sospecharía de nosotros y nos despacharía antes de que pudiéramos encontrar nada. ¿Tiene alguien una pelota?

Colín tenía una. Era pequeña, de «ping-pong», pero servía para el caso. La dejó caer con cuidado entre la basura, y los chicos fingieron buscarla. Pero, en realidad, buscaban un lugar donde se pudiera esconder a un perro.

Registraron el patio de arriba abajo. Cada vez se mostraban más atrevidos al ver que nadie los molestaba. Aquel patio solitario y tranquilo no tenía más salida que la callejuela, y se usaba evidentemente como vertedero de cajas viejas, restos de vajilla, sacos rotos, desperdicios de cartón y otros residuos.

—¡Aquí hay de todo menos un perro! —dijo Peter—. Creo que hemos mirado en todos los cajones y cajas, y en todos los rincones donde pudiera haberse escondido un

perro, a pesar de que ningún perro se estaría quieto y callado oyéndonos por aquí. Tiene que haber una salida, aparte la callejuela; por lo menos un hueco lo bastante grande para que pueda pasar un perro.

Habían apartado todas las cajas y cajones de las paredes, con la esperanza de encontrar una pequeña puerta, pero en las paredes no se veía aberturas de ninguna clase. ¡Un misterio!

Jack se sentó a descansar en un cajón que había en mitad del patio. Colín, bromeando, se arrojó sobre él y empezó a forcejear para hacerle levantar del cajón. Los dos chicos cayeron al suelo, haciendo rodar el cajón.

—¡Silencio! —dijo Peter, furioso—. Menudo estruendo ha armado ese cajón al rodar.

Colín y Jack se levantaron, sacudiéndose el polvo y riendo. Entonces Peter lanzó una exclamación.

Asió a Jack por el brazo y señaló a sus pies.

—¡Mirad! ¿No os parece que por ahí se puede meter un perro?

Los tres se quedaron mirando los pies de Jack, los cuales descansaban sobre una tapa de metal redonda, que encajaba perfectamente sobre lo que debía de haber sido la boca de una carbonera.

—Estaba oculta por el cajón —dijo Peter, excitado—. Es la única caja que no habíamos movido, pero ¿quién se iba a imaginar que habría un agujero debajo? Lo de que hubiera aquí una carbonera ni nos pasó por la imaginación. Quítate de ahí, Jack. Vamos a echar un vistazo.

Jack se apartó de la tapa redonda, y todos se arrodillaron para examinarla de cerca.

—La han movido hace poco —dijo Peter—. Los bordes no están cubiertos de porquería. Apuesto a que ese hombre metió al *bull-terrier* por aquí. Sí, Colín, te apuesto lo que quieras.

—Pero ¿por qué tirarían a un perro tan precioso por este agujero? —dijo Colín—. ¡Qué cosa más rara! También me parece raro que haya un agujero para carbón en este patio tan pequeño. Ningún carro puede pasar por la callejuela.

—¡Pero un carbonero con un saco sí, atontado! —dijo Peter—. ¿Podremos levantar esta tapa? Me gustaría asomarme por si se puede ver lo que hay dentro.

Era difícilísimo levantar la pesada tapa. Peter se puso de pésimo humor. Pero al fin consiguieron levantarla y la corrieron hacia un lado. Después, los tres muchachos se asomaron al orificio, impacientes y curiosos. Sus cabezas chocaron.

—Primero miraré yo —decidió Peter con firmeza—. Soy el jefe.

Jack y Colín se retiraron. Peter sufrió una decepción.

—Esto —dijo— está tan oscuro y negro como..., bueno, ¡como una boca de carbonera! No puedo ver nada. ¿Habéis traído alguno linterna?

—Sí, yo llevo la mía —dijo Colín, y la saco.

Alumbraron el oscuro agujero, pero ni siquiera con la luz de la linterna pudieron

ver nada. No había ni rastro del perro. Tampoco había resto alguno de carbón: sólo se veía un oscuro, horrible y profundo agujero.

—Bueno, ¿quién quiere bajar? —preguntó Peter.



## La boca de la carbonera

A ninguno de los tres le apetecía lo más mínimo entrar allí. Primero porque el agujero no era muy grande, segundo porque el fondo, al parecer, estaba lejos, y tercero porque nadie podía saber lo que esperarían en aquellas profundidades al chico atrevido que se decidiera a bajar.

—Bueno, os confieso que me parece bastante tonto entrar por este agujero sabiendo tan poco de este asunto —dijo al fin Peter—. ¿Crees que metieron al perro por aquí, Colín?

—No lo sé —repuso Colín, perplejo—. De todas formas, el perro no está aquí ahora, ni vivo ni muerto. El hoyo está vacío. Supongo que se trata de un subterráneo, y puede que sea muy grande. Por otra parte, ¿por qué razón habrían de arrojar a un perro tan precioso por este agujero? Para mí eso no tiene sentido.

—Lo mejor será que volvamos a poner la tapa y nos vayamos a casa —dijo Peter—. Está anocheciendo y os confieso que con esta oscuridad no me gusta este patio sucio y solitario.

Cogió la tapa, pero Colín le detuvo.

—Espera un minuto —dijo—. Tengo una idea.

Metió la cabeza en el boquete y silbó. Colín tenía un silbido agudo y penetrante que ponía furiosas a las personas que lo oían, porque se clavaba en los sentidos. Esta vez fue tan sonoro como siempre. En el patio no se oyó bien porque Colín tenía la cabeza en el interior del agujero, pero resonó inmediatamente en el subterráneo, donde el agudo sonido fue devuelto una y otra vez por el eco.

—¿Qué haces? —empezó a decir Peter con un tono de censura.

Pero Jack lo dedujo y le dio un codazo para que se callara.

Colín escuchó con la cabeza aún en el agujero. Oyó algo... ¿Qué sería?... Lo volvió a oír. Después cesó.

Sacó la cabeza. Los ojos le brillaban.

—El perro está ahí abajo —afirmó—. Ha oído mi silbido. Y le he oído ladrar desde lejos, desde Dios sabe dónde.

—¿De verás? —exclamó Peter—. Has tenido una idea estupenda, Colín. Bueno, ya sabemos con seguridad que el perro está ahí abajo. O sea, que aquel individuo lo tuvo que meter por aquí. Estamos ante un auténtico misterio.

—Sí, un misterio que ha brotado de pronto, como generalmente pasa con los misterios —dijo Colín—. ¿Qué hacemos ahora? Sí hubiéramos traído una cuerda, podríamos bajar, pero sí nos dejamos caer desde aquí, nos exponemos a rompernos una pierna.

Hubo una pausa. Los chicos se sentaron sobre sus piernas dobladas y se pusieron a pensar intensamente.

—El sótano tiene que pertenecer a una de estas construcciones —dijo Jack—. ¿Pero a cuál de ellas?

Puede enlazar con todas porque el agujero está justamente en el centro del patio.

—¿Qué importa que pertenezca a una o a otra? —dijo Peter.

—¡Quién sabe! —dijo Jack—. Podríamos averiguar si en alguna de estas casas hay una de esas sociedades que se interesan por los perros.

—Tal vez sea una buena idea —dijo Peter, vacilando—. De todas formas, ahora volvamos a colocar la tapa en su sitio y pongamos la caja encima. No quiero que nadie pueda sospechar que hemos descubierto sus secretos, aunque sólo sea en parte.



Volvieron a poner la tapa haciendo el menor ruido posible, y empujaron el cajón hasta colocarlo sobre ella. La tapa quedó tan bien oculta como cuando llegaron al patio.

—Es ya casi de noche —dijo Peter—. Debemos volver a casa. Mi madre se estará preguntando dónde me he metido. Además, ¡aún no he hecho los deberes! No hay medio de empollarse los verbos franceses cuando uno emplea todo el tiempo libre en descifrar misterios.

—¡Mirad! —dijo Jack, cuando se disponían a salir del patio—. ¡Mirad! En aquella casa hay luz: la ventana está iluminada. Tal vez pertenezca a ese edificio la carbonera. ¿Creéis que habrá alguien cuidando del *bull-terrier*? ¡Qué miedo tendrá el pobre si está solo!

Los chicos miraron la ventana iluminada.

—Es la casa de la izquierda —dijo Peter—. Tiene que estar junto a la esquina. Vayamos a ver lo que hay en ella. Esto podría ser una ayuda para nosotros. Pero, desde luego, también puede ser que la ventana iluminada no tenga nada que ver con el misterio.

Salieron del patio con cautela, recorrieron el callejón y desembocaron en la ancha calle. Dieron la vuelta al bloque de casas y se acercaron a la construcción que, a su juicio, era la de la ventana iluminada.

Colín encendió su linterna y dirigió la luz a la sucia placa de latón clavada junto a la entrada principal.

—«Empresa Callinated. Fábrica de Sacos» —leyó—. ¿Qué diablos querrá decir esto? El aspecto de la casa demuestra que los fabricantes de sacos se debieron de



marchar hace tiempo. ¡Qué sucio y abandonado está todo! ¡Hace años que esta casa no ha visto la pintura!

—Puede ser una de las construcciones que el Ayuntamiento tiene pensado derribar —dijo Jack—. Yo sé que algunos edificios de estos barrios ya se están echando abajo. ¡Son tan viejos!... ¡Bueno, vámonos ya!

—¡Atención! —dijo Peter de pronto, empujando a sus dos amigos a un lado—. ¡La puerta se abre!

Efectivamente, se estaba abriendo. Los chicos se quedaron quietos en la sombra, esperando. Alguien salió y cerró la puerta suavemente. Bajó las pocas escaleras que había ante el portal. Echó a andar pegado a la pared. Era un individuo alto y encorvado.

Los chicos le siguieron, sin hacer el menor ruido gracias a sus suelas de goma. Sabían que había un farol a la vuelta de la esquina. Quizá pudieran ver mejor al individuo a la luz del farol. ¿Quién sería?

—Le seguiremos —susurró Peter—. ¡Adelante!



## Dos interesantes encuentros

El hombre pasó bajo el radio de luz del farol, pero fue cuestión de un segundo. Peter intentó captar los detalles de una sola ojeada. Entonces pensó en lo estupendamente que lo habría hecho Janet.

El hombre pasó junto al farol y volvió a internarse en la oscuridad.

«La verdad es que no he podido ver mucho —pensó Peter—. ¡Lleva el sombrero tan hundido! Parece que cojea un poco. ¡Nada, que no podría reconocerle!».

El hombre siguió su camino bastante de prisa. Iba en dirección a la parada del autobús. A los chicos les resultaba muy fácil seguirle, pues había más gente en aquel trozo de calle.

—Va a la parada del autobús —dijo Colín—. Veremos qué autobús toma. ¿Subimos también nosotros para observarle mejor?

—Sí —dijo Peter, olvidándose de lo tarde que era, de sus deberes, y, en fin, de todo menos de la emocionante aventura que estaban viviendo. Se hallaban sobre la pista de un nuevo misterio. ¿Cómo iban a dejarlo a medias para irse a casa?

El hombre se acercó al segundo autobús que estaba parado.

—Es el autobús de Pilberry —dijo Peter—. Subamos también.

El desconocido se cogió con una mano a la barra de hierro y subió de un salto. Otras personas subieron tras él. Los chicos intentaron subir, pero el cobrador sacó el brazo.

—Lo siento —dijo—, pero ya no cabe nadie más.

Tocó el timbre y el autobús se alejó.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Peter, desilusionado—. Podíamos haberle seguido hasta su casa.

—Bueno, no creo que tenga nada que ver con el asunto del perro —dijo Colín—. Hubiéramos perdido el tiempo para encontrarnos con que se trataba de un inofensivo hombre de negocios que había tomado el autobús para irse a casa.

—¡Oí! ¿Os fijasteis en su mano —dijo Jack, de pronto, con voz balbuceante de excitación— cuando la alargó para cogerse a la barra?

—No. ¿Por qué? —dijeron Peter y Colín a la vez.

—Porque le faltan dos dedos y es una mano deforme —dijo Jack—. ¿No os acordáis de las observaciones de Janet, no os acor...?

—¡Pues es verdad! —exclamó Peter—. ¡Aquel hombre que bajó del tren de Pilberry, el sábado por la mañana, en la estación y que nos describió Janet! Sombrero bien calado, un poco cojo, una mano extraña...

—Y hombros rectos —dijo Colín—. Todo igual. Es el mismo hombre. Pero ¡un momento!: no hay nada extraordinario en que veamos al mismo hombre que vio Janet, ¿no? Puede haber sido una casualidad que no significa nada.

—Sí, tienes razón. Una casualidad que no quiere decir nada —dijo Jack, sintiendo que su entusiasmo se apagaba—. Ha sido extraño, eso es todo. Hemos hecho una

montaña de un grano de arena.

Sólo se trata de un hombre corriente que se va a su casa.

Volvieron a cruzar la plaza y pasaron junto a la entrada de la callejuela que conducía el patio.

Alguien salía rápidamente del callejón. Casi tropezó con ellos.

La oscuridad les impidió ver cómo era el hombre, pero pronto pasó bajo un farol, y algo que colgaba de su mano llamó la atención de Jack. Tocó en el brazo a sus amigos.



—Fijaos: la correa de un perro —dijo en voz baja—. ¡Pero sin perro! Es el joven del hotel «Starling».

—¡El que vi ayer con el perro! —dijo, excitado, Colín—. ¿A qué habrá venido otra vez aquí?

¿Habrá llevado otro perro a ese patio y lo habrá metido por el agujero del carbón? Todo esto es muy extraño, ¿verdad? ¿Qué se traerá esa gente entre manos?

Siguieron adelante, a una prudente distancia del joven. Éste dobló una esquina y sus seguidores dejaron de verle. Los chicos doblaron también la esquina y recibieron un susto mayúsculo.

El joven apareció de pronto ante ellos por el quicio de una puerta y asió a Colín y a Peter por los hombros. Dirigió a sus caras la luz de una linterna.

—Conque sois vosotros, ¿eh? ¡Tres miembros de la famosa pandilla de espías o lo que sea! Supuse que me perseguíais. Oíd lo que os digo. Llevé a ese chico..., ¿cómo se llama?..., Jorge, pues lo llevé a su casa, ante sus padres, y le hice castigar por andar siguiendo a la gente por las noches. Os aseguro que estoy resuelto a llevaros a la policía a los tres. Así nos os quedarán ganas de imitar a vuestro amigo.

—¡Muy bien! —dijo Peter inmediatamente—. Llévenos a la policía. No nos importa. ¡Venga! ¡Llévenos!

El hombre titubeó. Evidentemente, no había pensado que Peter le iba a desafiar de aquella manera.

Los chicos seguían sin moverse, con el ceño fruncido. De pronto, Colín hizo una pregunta.

—¿Dónde está su perro?

—¿Qué perro? ¡Yo no tengo ningún perro! —dijo el joven, furioso—. Tú tienes la cabeza llena de perros. Lo mismo me preguntaste cuando vinisteis a verme esta tarde.

—Oiga, ¿por qué lleva usted esa correa si no tiene perro? —dijo Colín, señalándola.

—Pero ¿quiénes os creéis que sois? Hacéis preguntas tontas, os metéis en todo, seguís a la gente. ¿Qué significa eso de los perros? ¿Qué idea se os ha metido en la cabeza?

Los chicos no contestaron a estas preguntas.

—¿Nos lleva a la policía, o no? —dijo Jack—. Si usted quiere, vamos ahora mismo. Usted podrá decirle lo que quiera, pero nosotros también le diremos unas cuantas cosas.

—¡Mira que...! —dijo el joven, amenazando a los chicos con la correa—. ¡Ea, basta ya! ¡Marchaos a casa y que no os vuelva a ver!

Se alejó, furioso, dando fuertes pisadas.

—¡Qué hombre! —dijo Peter, mirando como se alejaba—. No se ha atrevido a llevarnos a la policía, pero ¿por qué? ¡Qué hombre tan extraño y misterioso!



## Ideas y más ideas

Ante estos emocionantes sucesos, hubo que convocar una reunión para lo antes posible. Los Siete Secretos tenían que discutir acerca de todo e intentar descifrar los misterios. De aquí que Peter convocara una reunión de media hora para el martes por la tarde, antes de entrar en el colegio.

—¡Qué lástima que el buenazo de Jorge no tome parte en este asunto! —dijo Janet—. Se hubiera entusiasmado al saber lo que está ocurriendo.

—No sé por qué no se lo podemos contar —dijo Jack—. Una cosa es que no pueda asistir a las reuniones y otra que no le podamos explicar lo que ocurre en ellas. No olvidemos que fue su trabajo el que puso en marcha este asunto.

—Bueno, pero no es socio del club —dijo Peter, siempre deseoso de que se cumplieran las reglas—. No debemos permitir que nadie que no pertenezca al Siete Secretos se entere de lo que se hace aquí.

De lo contrario, éste no sería un club secreto.

—¡Guau! —ladró *Scamper*, golpeando el suelo del cobertizo con la cola. Parecía pensar que tenía el deber de dar su opinión en todo momento, ya que ahora era un verdadero miembro del club.

—Pongámoslo a votación —dijo Janet—. A mí también me gusta que se cumplan las reglas, pero no me olvido de que si Jorge no toma parte en esta aventura, no es por su gusto. Para mí es como si siguiera perteneciendo a nuestro club.

Así, pues, lo decidieron por votación. Entonces se vio que, afortunadamente, todos pensaban lo mismo. Sin duda alguna, debían decirle a Jorge todo lo que estaba sucediendo. Así se consolaría un poco de estar fuera del club. *Scamper* lanzó un «¡guau!» tan fuerte, que todos lo interpretaron como un sí. En resumen, que se decidió con toda solemnidad que al club entero le parecía justo y adecuado mantener a Jorge al corriente de los trabajos de los Siete Secretos.

La discusión fue apasionada. Todo el mundo quería hablar a la vez. Peter tuvo que ponerse serio e imponer su autoridad para conseguir que hablaran uno por uno.

Acordaron que el viejo que salió de la casa de la ventana iluminada y tomó el autobús era el mismo que Janet había visto en la estación.

—Seguramente, vive en Pilberry —dijo Janet—. Le vi bajar del tren que viene de Pilberry y vosotros le visteis tomar el autobús que va a Pilberry. Sin embargo, no creo que importe demasiado el saber dónde vive. Quizá no esté mezclado en este asunto, y entonces...

—Eso ya lo hemos pensado nosotros —dijo Jack.

—Pero también es muy posible que tenga algo que ver en todo esto. Así es que tendremos los ojos bien abiertos para ver lo que hace. Tu descripción fue tan estupenda, Janet, que todos estuvimos seguros de que era el hombre que tú habías visto.

Janet se sintió muy satisfecha. Pamela y Bárbara lamentaron profundamente

haber tomado la cosa a broma y haber sufrido aquellos ataques de risa en la parada del autobús. ¡Ojalá se hubieran fijado en la gente con tanta atención como Janet! ¡Bueno, lo harían mejor la próxima vez!

El punto de la boca de la carbonera se discutió a conciencia.

—Es casi seguro que, por una causa o por otra, ese joven lleva allí perros durante la noche, secretamente, y los mete por el agujero —dijo Colín—. Después los abandona. ¿No os parece que allí abajo habrá alguien esperándolos? Porque bien tendrán que cuidar de ellos, digo yo.



—Sin duda. Pero, ¿por qué los llevan y los esconden allí? —dijo Jack—. Eso es lo que quisiera yo saber. Esos perros me dan mucha lástima. Deberíamos avisar a la Sociedad Protectora de Animales. Es una crueldad encerrar perros en las carboneras y abandonarlos en esas oscuras covachas. Por lo que sabemos, no tienen agua ni comida.

—Que los mataran de hambre no tendría explicación —dijo Peter—. Los perros son robados. Eso está completamente claro. Colín ha visto uno y ha dicho que es un magnífico *bull-terrier*. De modo que debía de ser un perro muy caro y les habrán dado por él una buena cantidad.

—Sí, y el que ese individuo debió de llevar la otra noche, cuando nos topamos con él, también sería un perro de lujo —dijo Jack—. Oíd. Ese sótano puede estar

plagado de perros de pura raza, todos robados. ¡Tenemos que hacer algo!

—¡Pobrecitos perros! —se compadeció Pamela—. ¿Qué será de ellos allá abajo, en el sótano? Yo creo que habrá alguien allí para cuidarlos.

Hubo un silencio. Todos pensaban lo mismo. Había que hacer algo por aquellos animales. Tenían que explorar aquel sótano fuera como fuese.

Colín, Pamela y Jack empezaron a hablar a la vez, y Peter golpeó el cajón que tenía delante.

—¡Silencio! He dicho que habléis uno después de otro. ¿Tiene alguien algo que decir? ¿Tú, Pamela?

Habla.

—Tengo una idea bastante buena —dijo Pamela—. Podríamos mirar los anuncios de pérdidas y hallazgos de los periódicos, para ver si hay muchos perros perdidos o robados.

—Es una idea superior —dijo Peter, para satisfacción de Pamela—. Se hará.

—Podríamos ir también a la jefatura de policía para leer los anuncios que hay fuera —dijo Jack—. A veces, esos anuncios describen animales extraviados.

—Bien pensado —dijo Peter—. ¿Más ideas?

—Tenemos que explorar ese sótano —dijo Colín—. Me he preguntado si deberíamos intentar entrar en la casa que tenía la ventana iluminada para ver si su sótano se comunica con la carbonera. Pero tal vez nos metiéramos en un enredo de padre y muy señor mío si entráramos en la casa. ¿No se llama a eso allanamiento de morada o algo parecido?

—Sí. Eso no lo podemos hacer —dijo Peter con firmeza—. No podemos hacer cosas que están prohibidas para arreglar otras. Tenemos que explorar la carbonera, pero no creo imprescindible hacer lo que dices. Y ahora, lo mejor será que tracemos nuestros planes.

—¡Todo el mundo tiene que hacer algo! —dijo Jack—. Señálanos un trabajo a cada uno, Peter, y lo haremos. ¡Los Siete Secretos van otra vez a toda marcha! ¡Hurra!







## Una tarea para cada uno

Peter encargó a cada uno un trabajo.

—Pamela y Bárbara, buscad en todos los periódicos que podáis encontrar los anuncios de perros de raza perdidos o robados.

—Sí, Peter —dijeron las dos chicas.

—Y a ver si hacéis bien vuestro trabajo esta vez —dijo Peter con toda seriedad—. Janet, tú puedes ir a la jefatura de policía a ver si hay anuncios, y como está bastante cerca de la casa de Jorge, puedes ir a contarle... las últimas noticias. Hoy no ha ido al colegio porque está muy constipado; así es que se pondrá contentísimo al verte.

—Así lo haré, Peter —dijo Janet, satisfecha.

—Y vosotros, Colín y Jack, vendréis esta noche conmigo y con *Scamper* a explorar la carbonera —dijo Peter bajando la voz y con una gravedad y una resolución repentina—. Colín, trae tu escala de cuerda. Nos permitirá bajar a la carbonera, aunque no es demasiado larga. Traed linternas los dos, y poneos los zapatos de suela de goma.

—Sí, Peter —dijeron los chicos, sintiéndose profundamente excitados—. ¡Menuda aventura!

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —ladró *Scamper*.

—¡Ha dicho también «sí», Peter! —exclamó Janet—. ¿Verdad, querido *Scamper*, que entiendes todo lo que decimos? Peter, ¿puedo ir yo también?

—De ninguna manera —negó Peter, con gesto de persona mayor—. Explorar la entrada de la carbonera es trabajo sólo para hombres.

—Hoy es jueves —dijo Pamela—. ¿Habéis olvidado que vosotros tres estáis invitados a la merienda de Ronny? No podréis hacer mucho hoy.

—¡Atiza! ¡Se me había olvidado! —exclamó Peter—. Entonces tendremos que explorar la carbonera el viernes. Pero vosotras podéis hacer vuestro trabajo. Creo que no hay más. De modo que podemos irnos. Llegaremos al colegio con el tiempo justo.

Todos salieron del cobertizo, incluso *Scamper*, que movía la cola, dándose importancia. Pamela y Bárbara decidieron ir a la librería al salir del colegio. Allí había muchos periódicos donde buscar anuncios de pérdidas y hallazgos. Así, pues, ante el asombro de la encargada de la librería, se sentaron y empezaron a hojear los periódicos de la localidad.



Hicieron interesantes descubrimientos.

—Fíjate, Pamela —dijo Bárbara, señalando dos de los anuncios con el dedo—: «Perdido o robado, galgo de pura raza». «Perdido o robado, *bull-terrier* de pura raza». ¡Caramba! ¡Podría ser el que vio Colín! Aquí da los nombres y las direcciones. Son de nuestro distrito.

—También yo he encontrado un anuncio interesante —dijo Pamela—. Mira. «Perdido el pasado lunes, 16, un precioso *saluki* de pura raza. Su nombre es *Sally*». También en nuestro distrito. Parece que alguien se dedica a robar perros de pura raza, ¿verdad?

—Aquí hay otro —dijo Bárbara—. «Se cree que ha sido robado perro alsaciano de pura raza, bien amaestrado, llamado *Kip*». ¡Mira que si los chicos los encontraran a todos en la carbonera!

—¿Qué crees que hará con ellos el ladrón? —preguntó Pamela.

—Venderlos, desde luego. Valdrán muchísimo dinero —dijo Bárbara—. O quizá vayan por la recompensa. Mira; aquí dice que se entregarán cincuenta guineas al que encuentre al perro alsaciano.

—Me pregunto qué tal le irá a Janet con los anuncios de la policía —dijo Pamela—. De todas formas, esta vez nos hemos portado bien. Peter no nos pondrá mala cara. Janet no pudo ir a la jefatura de policía hasta el día siguiente. Engulló su

almuerzo a toda velocidad y salió disparada. Su misión era, primero, ver los anuncios de la jefatura, y después ir a contar a Jorge las últimas novedades.

Sólo había un anuncio sobre perros, y decía que los que fueran sorprendidos espantando a las ovejas, serían muertos a tiros. Janet deseaba con todo su corazón que *Scamper* no hiciera jamás una cosa estúpida. No creía que la hiciese, porque su padre poseía un buen rebaño y *Scamper* estaba acostumbrado a las ovejas. ¡Sería tan espantoso que lo mataran a tiros!

Miró el siguiente anuncio. Describía a un hombre que la policía andaba buscando. Janet lo leyó, interesada.

«John Wilfrid Pace, de 71 años. Bajo y encorvado. Calvo, de cejas y barba hirsutas. Voz muy ronca. Anda arrastrando los pies. Tiene una cicatriz en la mejilla derecha».



«¡Lo reconocería inmediatamente si le viera! —dijo Janet para sus adentros, imaginándose a un hombre bajo y encorvado, calvo pero con barba, y con la cara marcada con una cicatriz—. Bueno, ahora tengo que ir a ver a Jorge. Si me entretengo más aquí, llegaré tarde al colegio».

Jorge se puso contentísimo al ver a Janet. Tenía tos, pero, por lo demás, se encontraba muy bien. Su madre no quería que fuese al colegio hasta el lunes.

—He venido a contarte las últimas novedades del Siete Secretos —dijo Janet—. ¿No hay nadie escuchando?... Tú ya no eres miembro del club, pero todos votamos para que estuvieras al corriente de lo que pasaba. Y hay mucho que contar, Jorge. ¡Es todo verdaderamente emocionante!

Desde luego que era emocionante. Además, Janet lo contó estupendamente.

Cuando se marchó, Jorge se sintió profundamente abatido.

«¡Tantas cosas como están ocurriendo, y yo sin tomar parte!», pensó.

Entonces se le ocurrió una idea:

«¿Por qué no he de poder ir a la carbonera, aunque sea sólo a ver cómo los demás bajan a ella? ¡Ni siquiera se enterarán de que estoy allí! Me parece una idea genial. Sí, iré. ¿Oís, Siete Secretos? Iré y ninguno de vosotros me verá. ¡Hurra!».



## En la carbonera subterránea

La fiesta de Ronny fue estupenda, y los tres muchachos y Janet se divertieron de lo lindo. Casi se olvidaron de la emocionante aventura en que estaban enzarzados. Jugaron a toda clase de juegos.

Uno de aquellos pasatiempos les recordó los trabajos de los Siete Secretos. La madre de Ronny se presentó de improviso con una bandeja llena de las cosas más diversas.

—¡Atención todo el mundo! —dijo—. Aquí hay veinte cosas distintas. ¡A ver quién de vosotros tiene mejores dotes de observación! Mirad bien durante un minuto. Después me llevaré la bandeja y cada uno de vosotros escribirá lo que habéis visto. Cuantas más cosas nombréis, mejor.

Ya os podéis imaginar quién ganó en este juego: ¡Janet! Se acordó de las veinte cosas. Peter se sintió muy orgulloso de ella.

—No me cabe duda de que perteneces a un club secreto, Janet —dijo la madre de Ronny, entregándole como premio una caja de bombones—. ¡Y seguro que eres uno de sus mejores miembros!

Entonces los tres chicos se acordaron de la emocionante tentativa que iban a realizar la noche siguiente.

Bajarían por la boca de la carbonera. ¿Qué encontrarían en el fondo?

No había tiempo para celebrar una reunión como era debido antes del viernes por la noche. Así es que Janet, Pamela y Bárbara contaron a Peter a toda prisa lo que habían descubierto acerca de los perros perdidos o robados. Peter se mostró muy interesado, especialmente cuando supo que la mayoría de ellos eran de su propio distrito.

—Eso hace pensar que los ladrones también tienen sus cuarteles en este distrito —dijo—. Y si es así, quizás estén en esa carbonera. Me gustaría que ese majadero me las pagara por haber metido a Jorge en el lío en que lo metió. ¡Estoy seguro de que está mezclado en esto!

Se hizo de noche alrededor de las siete. Los tres chicos se reunieron al final de la calle en que vivía Peter y se marcharon juntos. Colín llevaba la escala de cuerda, y cada cual su linterna. Estaban muy nerviosos.

Era noche cerrada y caía una fina llovizna. Los chicos se levantaron los cuellos de los abrigos.

Avanzaban con gran cautela por temor a que el joven del hotel volviera a salir de alguna esquina. No sentían por él ninguna simpatía. En realidad, todos le tenían miedo. Había algo horrible en su fría mirada y en su boca de labios delgados y expresión cruel.

Bajaron por la calle de Hartley y cruzaron la plaza de Plain. Vieron pasar un autobús y algunos coches.

Se acercaron al callejón.

—¿Crees que ese hombre vendrá con otro perro esta noche? —susurró Jack—. Debemos estar ojo avizor por si viene. No convendría que nos encontrara bajando a la carbonera.

—Lo mejor será que tú vigiles mientras bajamos nosotros dos —dijo Peter—. Después, tan pronto como estemos abajo, vienes corriendo al agujero y bajas también. Pidamos a Dios que ese individuo no venga. Si lo hiciera, quedaríamos como cogidos en una trampa. Sólo tendría que tapar la boca de la carbonera para que fuéramos sus prisioneros. De ningún modo podríamos levantar esa pesada tapa desde abajo.



No era una perspectiva agradable. Siguieron avanzando cautelosamente, vigilando por si aparecía el hombre. Pero no se veía a nadie cerca del callejón. Los chicos entraron en él silenciosamente y pronto llegaron al patio, que estaba oscuro como boca de lobo.

Estuvieron un rato escuchando. Junto a ellos estaba, muy calladito, *Scamper*. Si el hombre hubiera estado allí, habrían percibido algún ligero movimiento, incluso su respiración. Pero no oyeron nada.

Parecía no haber ningún peligro en encender las linternas y penetrar por la boca de la carbonera.

Peter alumbró rápidamente a su alrededor con su linterna. El patio estaba desierto,

silencioso y tan sucio como siempre. Ni siquiera se veía la ventana iluminada.

Apartaron la caja que ocultaba el agujero y levantaron la pesada tapa. Peter alumbró el hueco con su linterna. Sólo veía porquería y oscuridad. Colín desenrolló la pequeña escala de cuerda y la fue introduciendo poco a poco, peldaño tras peldaño, por la boca de la carbonera. *Scamper* observaba esta operación con gran interés.

Miraron hacia abajo. Sí, había alcanzado el fondo, sin contratiempos. Colín ató cuidadosamente la parte de arriba a un poste cercano.

—Ahora, Jack, vete a la entrada del callejón y vigila hasta que estemos abajo —susurró Peter—. Ven tan pronto como oigas un suave silbido.

Jack, obediente, se fue corriendo. Colín dijo que él bajaría el primero. Así lo hizo. Fue bajando peldaño tras peldaño hasta llegar al suelo. Encendió la linterna y vio que estaba en una enorme carbonera. Sus pies produjeron leves crujidos al andar, y esto le hizo suponer que todavía quedaban restos de carbón en el suelo.

—¡Ahí voy! —susurró Peter—. ¡Atención! ¡Bajo con *Scamper*!

Fue bajando y pronto estuvo junto a Colín. Se acordó de Jack y le lanzó un débil silbido, para que supiera que ya podía venir.

Pronto oyeron las pisadas de Jack arriba. Jack bajó también. Sonreía con una excitación que compartían sus compañeros. Peter paseó a su alrededor la luz de su linterna.

—Este sótano ha de tener alguna salida. Mirad, ¿es aquello una puerta?

—Sí —dijo Jack—. Debe de dar a otros compartimentos subterráneos. Debemos ir con cuidado y con el oído alerta.

—Nadie nos ha visto bajar; esto es buena cosa —dijo Peter.

Pero estaba equivocado: alguien les había visto bajar. Cierto que apenas había podido distinguirlos en la oscuridad; pero les había oído hablar en voz baja y se daba cuenta de lo que estaba pasando.

Huelga decir que el espía era Jorge.

Jorge había puesto en práctica su proyecto. Había encontrado el patio de la carbonera y estaba escondido observándolo todo. Fuera o no miembro del Siete Secretos, Jorge iba a tomar parte en la aventura.





## Sucesos en el sótano

Los tres chicos que habían bajado a la carbonera abrieron con todo cuidado la puerta que habían descubierto. *Scamper* estaba pegado a los talones de Peter, y tan excitado como los chicos. Peter hubiera preferido que no jadeara como lo estaba haciendo, pero *Scamper* no lo podía remediar.

La puerta crujió al abrirse. No se veía ninguna luz ni cerca ni lejos. Peter encendía y apagaba la linterna prudentemente. Frente a él había un pasadizo que terminaba ante unos cuantos peldaños.

Los chicos avanzaron por el corredor y subieron los escalones. Allí estaba la puerta. Dieron la vuelta al picaporte. ¿Estaría cerrada? No, no lo estaba: se abrió hacia ellos. Peter atisbó por la rendija.

Seguían sin ver otra cosa que oscuridad. Peter paseó a su alrededor la luz de su linterna.

Habían llegado a los compartimentos principales de los sótanos, que se hallaban debajo del gran edificio. Se veían a derecha e izquierda, con sus techos bajos y sostenidos aquí y allá por columnas de ladrillo.

Algún ruido llegó a los oídos de *Scamper*, pues el perro se quedó escuchando con la cabeza ladeada. Peter se dio cuenta de ello y escuchó también. Pero no oyó nada. Los oídos de *Scamper* eran más finos que los suyos.

Siguieron adelante con gran cautela, parándose de vez en cuando a escuchar. Resultaba impresionante permanecer debajo de un gran edificio, rodeados de la más completa oscuridad, en unos sótanos inmensos y solitarios. Se percibía un olor a moho, a humedad, a cosa vieja.

Llegaron a otra puerta. Era de madera. *Scamper* empezó a dar muestras de excitación. A Peter le costó gran trabajo impedir que ladrara. Y cuando abrieron la pesada puerta de madera oyeron lo que *Scamper* había oído.

¡Eran lamentos de perros! *Scamper* aulló al oírlos, e intentó correr hacia ellos a través de la puerta.

Entonces se oyó un ladrido y un aullido. Después, nuevos alaridos lastimeros.

—Aquí hay perros encerrados —susurró Peter—. Estábamos en lo cierto. Por lo que más queráis, tened mucho cuidado ahora.



Llegaron a un largo y estrecho departamento del sótano, donde brillaba una bombilla con luz débil.

A un lado había un banco de madera sobre el cual descansaban varias jaulas. En ellas había cinco o seis perros, cuyos ojos tenían reflejos rojizos en aquella penumbra.

No había nadie con los perros. Los pobres animales les miraron con desconfianza y les enseñaron los dientes cuando los tres chicos se acercaron a ellos en silencio. Pero *Scamper*, excitado, lanzó un amistoso ladrido y entonces empezaron a ladrar también, excitadísimos y dando zarpazos a las jaulas.

—Tienen comida y agua —susurró Peter—. ¡Oh, mirad! El magnífico perro de aguas que se mareó y que iba en aquel coche que nosotros vimos. ¿Te acuerdas, Jack? Le vimos cuando hacíamos prácticas y estábamos escondidos junto a la carretera; ocultos entre el ramaje de un arbusto, espíabamos a la gente que pasaba. Estoy seguro de que éste y aquél son el mismo perro.

—Sí, lo es —afirmó Jack—. Colín, allí hay un *bullterrier*, ¿lo ves? Supongo que será el mismo que viste con aquel hombre.

Colín asintió. Le gustaban mucho los perros y ya estaba haciendo amistad con aquéllos, que le lamían la mano sacando la lengua entre los barrotes de la jaula.

—¡Aquí hay un galgo y un magnífico perro alsaciano! —dijo Peter—. Apuesto a que son los que se anunciaban en los periódicos que leyeron las chicas y que se daban por perdidos o robados... Y aquí hay un dálmata. ¡Hola, amigos! Sois unos señores

perros, ¿eh?

Los animalitos demostraban ya su simpatía a los muchachos, en parte porque éstos también tenían un perro. Peter se quedó mirando a los enjaulados y se preguntó qué podrían hacer por ellos.

—¿Y si los libertáramos? Podíamos atarlos a todos con una cuerda y sacarlos por la boca de la carbonera —sugirió.

—¡Qué tonto! —replicó Colín—. No podrían subir por la escala de cuerda. Además, estoy seguro de que se pondrían a reñir si se vieran en libertad.

—¿Oís? ¡Alguien viene! —dijo Jack, de pronto.

*Scamper* lanzó un gruñido de advertencia. Los chicos se agazaparon en la sombra y esperaron.

Vieron acercarse a un viejo encorvado que arrastraba los pies y llevaba una linterna en la mano. Su cabeza brillaba a la débil luz de la bombilla, porque era completamente calvo. Le acompañaba un perro pequeño, un perro callejero de raza indefinida, y el hombre le iba hablando con una extraña y áspera voz, que sonaba como el chirrido de una puerta.

—Vamos, *Tinks*. Veremos si todos los señores perros y las señoras perras se encuentran bien. Ellos no quieren saber nada de nosotros, pero a nosotros no nos importa, ¿verdad?

El perrito trotaba junto a él mientras se acercaban a las jaulas. El viejo siguió hablando con su voz cascada, sin apartar la vista de los perros prisioneros.

—¡Oíd, mis grandes y poderosos señores! Estáis mucho peor que el pequeño *Tinks*. Habéis perdido a vuestros amos y él tiene el suyo. Vosotros valéis vuestro peso en oro, según tengo entendido, pero lo daríais todo por un largo paseo, ¿verdad? Bien, pues *Tinks* da dos paseos al día. ¿Verdad, *Tinks*?

Pero *Tinks* no le escuchaba. Había percibido extrañas emanaciones: el olor de los tres chicos y el *spaniel* dorado. En un abrir y cerrar de ojos se plantó junto a ellos, ladrando como un energúmeno.

El viejo levantó su farol y los escudriñó.

—¿Más visitantes? —exclamó con su voz cascada—. ¿Habéis venido a ver a los caballeros y a las damas...? ¡Pero si sois sólo unos críos!

Peter salió de las sombras, seguido de Jack y Colín. Aquel viejo extraño no le inspiraba ningún temor.

—¿De dónde han salido estos perros? —preguntó—. ¿Quién los ha traído aquí? ¿A quién pertenecen? ¿Qué hace usted con ellos?

El viejo le miró, vacilante.

—Los perros vienen y se van —respondió—. Entran y salen. Entran por aquel agujero...

Pero lo que dijo después fue ahogado por los ladridos y gruñidos que de pronto empezaron a lanzar los perros. Habían oído que alguien se acercaba. ¿Quién sería esta vez?

—Ahí viene el amo —dijo el viejo, y chascó la lengua—. Ahora lo pasaréis muy mal. ¡Lo más probable es que os encierre en las perreras!



## Sorpresas desagradables

Alguien surgió de las sombras repentinamente y sin hacer ruido. Los chicos se volvieron al oír su voz.

—¿Qué hacéis aquí?

¡Era el hombre alto y encorvado que habían visto salir del edificio y subir al autobús! ¡Sí, el mismo!

¡Con el sombrero hundido, los hombros rectos y la mano rara! Tampoco esta vez podían ver su cara, que quedaba en la sombra del ala del sombrero.

Los chicos estaban tan desconcertados, que no sabían qué decir. El hombre abrió de repente una jaula cercana y gritó:

—¡Vigílalos, Kip!

El enorme perro alsaciano salió, se acercó a los chicos y los miró, gruñendo y enseñándoles los dientes. *Scamper* se encogió y retrocedió asustado. A los chicos tampoco les gustó aquello. No se atrevían a dar un paso. El recién llegado se echó a reír.

—Así tenéis que estar: quietecitos. ¿Veis que a mi mano le faltan dos dedos? Bien, pues me los arrancó un perro alsaciano por moverme cuando él me vigilaba.

Los chicos no dijeron ni una palabra. Peter estaba furioso consigo mismo. Se las habían dado de listos por su decisión de explorar aquellos sótanos para ver si encontraban algo, y allí estaban ahora, acosados y vigilados por el más fiero alsaciano que habían visto en su vida. Pedían a Dios que *Scamper* no hiciera ninguna tontería. ¡*Kip* se lo tragaría de un bocado!

El hombre los acribilló a preguntas.

—¿Cómo habéis entrado y por qué? ¿Sabe alguien que estáis aquí? ¿Sabéis lo que les pasa a los chicos que meten la nariz en asuntos que no les importan? ¿No? ¡Pues pronto lo sabréis!

Dio ásperamente una orden al viejo calvo, que murmuraba para sí con voz cascada.

—¿Tienes las llaves? Entonces encierra a estos chicos en las jaulas. *Kip*, tráelos aquí.



*Kip* dio un rodeo a los chicos como si fueran ovejas, y los obligó a ir donde estaba el hombre.

Después, el perro alsaciano los fue haciendo entrar uno tras otro en una jaula, gruñendo si se resistían. El viejo calvo los encerró con llave, sin dejar de murmurar. Colín, en un momento en que el hombre le miró, vio que una cicatriz le atravesaba la cara. No había duda: era el viejo cuya descripción había leído Janet en el anuncio de la jefatura. Pero ninguno de ellos podía ir a decir a la policía que el individuo se encontraba allí, porque todos estaban bien encerrados.

Los perros iban y venían, inquietos y dando gruñidos. Pero el hombre encorvado los tenía dominados, y cualquier palabra suya era obedecida inmediatamente. Se detuvo frente a las jaulas en actitud burlona. *Scamper* no estaba encerrado, pero se había acurrucado junto a la jaula de Peter, asustado y sorprendido.

—Ahora me voy —dijo el hombre alto al individuo bajo y calvo—. Me llevo a los perros en el coche. No me volverás a ver. Aquí hay demasiado peligro. Di que no sabes nada si alguien viene a hacer preguntas: hazte el idiota... cosa que te será fácil.

—Tengo miedo a la policía —dijo el viejo.

—Pues escóndete en los sótanos —le contestó el otro—. Son un laberinto. Nadie podrá encontrarte allí. Deja a estos chicos en libertad dentro de veinticuatro horas. Para entonces yo ya estaré muy lejos y no me importará lo que puedan decir. De todas

formas, no saben nada.

—¡Sí que sabemos! —dijo audazmente Peter—. Sabemos que todos estos perros son robados. Sabemos que a este viejo calvo le busca la policía. ¡Conocemos al joven que trae aquí los perros! Sabemos que usted usa el edificio que está sobre estos sótanos como cuartel general. Sabemos que...

El hombre alto se acercó, cojeando, a la jaula de Peter. Por un instante, el chico vio brillar su mirada llena de furia y tuvo miedo. *Scamper*, creyendo que iba a atacar a su amo, se lanzó contra él y le mordió con fuerza en un tobillo.

El hombre lanzó una exclamación y dio un puntapié a *Scamper*. Le alcanzó en pleno hocico. El perro huyó aullando y desapareció en las sombras.

Después el hombre se marchó, y con él los perros, que le obedecían, intimidados. Por lo visto, tenía un extraordinario poder sobre ellos. Quizás había sido domador de perros. Así lo pensó Peter. El viejo calvo lanzó una risa ronca al ver las caras asustadas de los chicos encerrados en las jaulas, y su perrito callejero junto a él con la boca abierta, como si también se estuviera riendo.

—¡Chicos! ¡Uf! ¡No me gustan los chicos! ¡Peste de criaturas! Siempre he dicho que deberían estar como éstos: ¡encerrados en jaulas! —soltó su risa cascada—. Os tengo prisioneros en mis jaulas y nadie sabe dónde estáis. ¿Puedo deciros algo, jóvenes caballeros? Si la policía viene y me coge, no les diré una palabra de vosotros. Pensaré: «¡Vaya! ¿Conque habéis cogido al pobre Juan Pace y lo habéis encerrado? Pues en venganza no os hablaré de los chicos».

Siguió lanzando aquella risa semejante a un cacareo y luego se marchó, seguido de su perro, que le iba pisando los talones. Los chicos guardaron silencio momentáneamente. Después Peter dijo:

—Nos han cazado con todas las de la ley. Sólo Dios sabe cuánto tiempo estaremos en este lugar horrible, oscuro y maloliente. ¿Adónde habrá ido *Scamper*?. No puede subir la escala de cuerda solo. Si pudiera, habría ido a casa a buscar ayuda. ¡Con tal que no le hayan herido!

—¡Escuchad! ¡Alguien viene! —dijo Colín—. Estoy seguro de que he oído algo. Al menos, que no sea ese maldito joven del hotel «Starling». Sería el colmo de la mala suerte que viniera ahora con un perro.

Se oyó un leve ruido suave y pisadas cautelosas. ¿Sería el joven con un perro? Los tres chicos contuvieron el aliento. Los pasos se iban acercando. ¡De pronto, una linterna alumbró las jaulas!





## El bueno de Jorge

Una voz familiar llegó a los oídos de los prisioneros.

—¡Peter! ¡Colín! ¡Jack! ¿Qué demonios hacéis en esas jaulas?

—¡Pero si es Jorge! Jorge, ¿eres tú de verdad? —exclamó Peter, alegremente—.

Y *Scamper* ¿Está herido?

—No. Pero decidme: ¿qué ha pasado? —dijo Jorge, que no salía de su asombro al ver a sus compañeros en las jaulas.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó Jack—. Oír tu voz ha sido la mayor sorpresa de mi vida.

—Yo sabía que esta noche vendríais aquí porque Janet me lo dijo —explicó Jorge—. Y decidí venir yo también, aunque no perteneciera ya al Siete Secretos, solamente para mirar. Vi como bajabais y me moría de ganas de ir con vosotros. Estaba escondido en el patio.

—Pero ¿por qué has bajado? —preguntó Peter.

—Perdí la paciencia esperando a que salierais —repuso Jorge—. De pronto, oí que *Scamper* aullaba como un loco en la entrada de la carbonera. Por eso salí de mi escondite y bajé por la escalera de cuerda. Eso es todo. ¿Pero por qué estáis en esas jaulas? ¿Es que no podéis salir?

—No —gruñó Peter—. Es una historia demasiado larga de contar. Tienes que ir a avisar a la policía. Espera. Primero mira si el viejo ha dejado colgadas las llaves en algún sitio.

Jorge proyectó en todas las direcciones la luz de su linterna. De pronto lanzó una exclamación.

—Sí, aquí en este clavo hay unas llaves; las probaré en las cerraduras.

Probó una y después otra en el candado de la jaula de Peter. Al fin se oyó un sonoro «clic».

—¡Magnífico! —dijo Peter al descorrerse el pestillo. Empujó, y la puerta de la jaula se abrió.

Pronto estuvieron todos fuera. Respiraron.

—¡Y ahora, a avisar a la policía! —dijo Jack—. Vamos, *Scamper*. Es asombroso que hayas ido a avisar a Jorge. Supongo que sabías que estaba escondido en el patio, a pesar de que nosotros no teníamos ni la menor idea de ello.

Recorrieron a toda prisa los pasadizos y llegaron a la entrada de la carbonera. Subieron por la escala de cuerda. Recogieron la escala y atravesaron el patio. El corazón les latía aceleradamente.

*Scamper* estaba muy satisfecho de sí mismo. Se daba cuenta de que se había portado como un miembro del Siete Secretos de primerísima clase.

Los tres chicos y el perro causaron sensación al aparecer en el local de la policía, sucios y llenos de excitación. Los recibió el sargento. Les conocía y escuchó de buen grado su extraordinaria historia.

Los chicos empezaron su relato. El sargento llamó a uno de los agentes más interesados en el asunto y le ordenó que fuera tomando notas.

El relato, hecho primero por un chico, después por otro, fue extenso. Perros robados, la boca de la carbonera, el joven del perro desaparecido, los sótanos, el extraño guarda calvo que cuidaba de los perros... «Sí, es el hombre que buscan ustedes»... El hombre alto y encorvado... «Ha huido. Se llevó los perros con él, en un coche, según dijo».



—¡Apuesto a que se lo llevó en aquel coche que vimos el otro día y en el que iba el perro mareado! —dijo Peter de pronto—. Estoy seguro. Esperad, que debo de tener aquí el número de la matrícula. Si usted encuentra ese coche, encontrará a todos los perros y al hombre alto... ¡Vaya! Ahora no encuentro el trozo de papel donde lo anoté.

Revolvió ansiosamente en todos sus bolsillos, pero el papel no apareció.

—Procura recordar el número. ¡Haz memoria con todas tus fuerzas! —le apremió el sargento—. Esto es importante. Si conseguimos saber el número, podemos telegrafiar, y dentro de unos minutos el coche será detenido, esté donde esté.

—El número ya lo sé —gruñó Peter—. Era 188. Pero las letras no las recuerdo.

—¡Yo sí! ¡Perro con mareo! —gritó Jack, acordándose de repente.

El sargento le miró sorprendido.

—¿Perro con mareo? —exclamó—. No entiendo.

—PCM —dijo Jack, sonriendo—. El perro estaba mareado, y nosotros dijimos que esas letras significaban «perro con mareo». ¿Comprende? O sea que la matrícula es «PCM 188».

—Telefona a las patrullas. ¡Que detengan a ese coche! —dijo el sargento al agente—. ¡De prisa!

Pronto los atraparemos. Llevamos todo el mes detrás de esos ladrones de perros. El hombre alto y encorvado es una maravilla para atraerlos, sean de la raza que sean. Después lo mete en el coche y se lo lleva a otra persona, que luego lo lleva a otra parte.

—¡Van a parar al joven que vive en el hotel «Starling»! —dijo Peter—. Le vimos

llevar un perro al sótano para entregárselo al guardián, ese viejo calvo que tiene una cicatriz en la cara. Sargento, usted puede detener también a ese joven. No sabe nada de lo ocurrido esta noche. Y también puede atrapar al viejo guarda. Le bastará enviar algunos agentes a la carbonera para que, por los sótanos, pasen al edificio que hay encima.

El sargento miró, sorprendido, a Peter.

—Aún no he tenido tiempo para preguntaros cómo sabéis cosas tan extraordinarias —dijo—. Número de matrícula..., el joven del hotel «Starling», perros robados y dónde los esconden, hombres buscados por la policía... Francamente, no lo comprendo.

—Bueno, es que pertenecemos al club secreto más estupendo del mundo, ¿sabe usted? —dijo Peter, fanfarroneando un poco sin poder remediarlo—. Siempre estamos al acecho de lo que pueda ocurrir. En realidad, esta vez no estábamos al acecho. Casi ha sido nuestra la culpa de que las cosas hayan sucedido así.

El sargento se echó a reír.

—Bueno, pues haced que ocurran algunas cosas más. Y ahora lo mejor será que os vayáis a casa. Es tarde. Iré a veros mañana. Hasta entonces, y muchísimas gracias, amiguitos.



## Todo aclarado

Cuatro madres y cuatro padres, asombrados y preocupados, escucharon la extraña historia de los perros robados cuando los cuatro chicos llegaron a sus casas, muy tarde, y llenos de excitación. Janet oyó llegar a Peter, saltó de la cama y corrió escaleras abajo, deseosa de enterarse de todo.

—¿Cómo? ¿Encontrasteis a los perros en jaulas? ¡Oh! ¡Y qué extraordinario que el hombre del anuncio que yo leí estuviera allí!... ¡Dios mío! ¿De verdad os encerraron en las jaulas de los perros? ¡Y *Scamper*, nuestro querido y valiente *Scamper*, fue a buscar a Jorge para que os libertara! ¡*Scamper*, eres uno de los mejores miembros del Siete Secretos!

—¡Guau! —ladró *Scamper*, orgulloso, y se sentó muy derecho.

Janet se echó a reír cuando oyó contar lo de «perro con mareo». Y los demás rieron también: les pareció muy divertido. Toda la aventura parecía bastante asombrosa ahora que se había acabado. Había sido un misterio fascinador, una aventura extraña, originada por los trabajos y ejercicios que Peter había impuesto a todos los miembros del club.

—Cada uno de nosotros tuvo su parte en el rompecabezas, y cuando notamos que las piezas encajaban unas en otras, vimos el cuadro —dijo Peter—. Cada uno hicimos un poco. Hasta el bueno de Jorge hizo lo suyo.

No hay que decir que a la mañana siguiente hubo reunión de los Siete Secretos, y, ¿lo creeréis?, Jorge estaba también en el cobertizo, con la cara radiante.

—¿Puedo entrar? —preguntó cuando llegó y llamó a la puerta—. La contraseña sigue siendo «¡Cuidado!», ¿verdad? Fue una contraseña muy a propósito para esta aventura, ¿no? Todos tuvimos que llevar mucho cuidado. Adiviné que tendríais reunión secreta esta mañana, y por eso he venido. Mi padre dice que puedo volver a ingresar en el club si me admitís.

—¡Oh, Jorge! —gritaron todos, encantados.

Peter lo hizo entrar inmediatamente, tirando de él.

—¿De veras que te dijo eso? ¿Por qué? ¿Por el gran trabajo que hemos hecho con tu ayuda?

—Sí. El inspector y el sargento vinieron a hacerme unas preguntas y les dijeron a mis padres que los Siete Secretos éramos unos chicos estupendos, y papá no dijo ni una palabra de que me había prohibido seguir siendo miembro del club. Y cuando se marcharon los policías, papá dijo: «Mira, puedes volver a formar parte del Siete Secretos otra vez». Y aquí me tenéis.

—Solemnemente te volvemos a nombrar miembro del club —dijo Janet, encantada—. *Scamper*, ya te dijimos que tú eras sólo temporal. Así es que no te importará que Jorge ocupe tu lugar, ¿verdad? Pero lo has hecho estupendamente, *Scamper*. ¿No os parece?

Todos dijeron que estaban de acuerdo, y *Scamper* quedó encantado y sorprendido

de recibir tantas caricias y frases cariñosas. Dio un suave aullido, como si dijera: «¿Por qué no me dais una galleta?».

Y Janet, que comprendía hasta sus más ligeros ladridos, sacó inmediatamente una.

—Te lo mereces —dijo—. Si no hubieras ido a buscar a Jorge la pasada noche, Peter, Colín y Jack lo hubieran pasado mal.



—¡Y que lo digas! —exclamó Peter—. ¡Hola!, ¿quién se acerca?

La cara grande y simpática del inspector asomó por la pequeña ventana, junto a la del sargento.

—No sabemos la contraseña —se lamentó el inspector—. De lo contrario, la diríamos y entraríamos.

—Es «¡Cuidado!» —dijo Peter, riendo. Y abrió la puerta—. Pronto tendremos que elegir otra. De modo que no importa que la digamos.

—¿Traen ustedes alguna novedad? —preguntó Colín en serio.

—¡Oh, sí! Por eso hemos venido a veros —dijo el inspector—. Creemos que debéis conocer los resultados del magnífico trabajo de vuestro club.

—¡Muy bien! ¡Cuenten! —dijo Janet.

—Pues bien, tenemos en nuestro poder el coche matrícula «PCM 188» —dijo el inspector—. Lo cogimos en Pilberry.

—¡Ah, sí! ¿Cómo no pensamos en eso? —dijo Peter—. Sospechábamos que ese tipo vivía en Pilberry.

—¿Lo sospechabais? —exclamó el inspector—. Empiezo a preguntarme si hay algo que no sepáis. Bueno, pues cogimos el coche y a los perros. El hombre alto tiene allí una tienda con varios garajes. ¡Cualquiera sabe la cantidad de perros que ha

robado y vendido!... ¡Ah! PCM podría significar «pobre conductor miedoso». Cuando le dijimos todo lo que sabíamos de él, se echó a temblar.

—Y también apresamos al viejo guardián —dijo el sargento—. Es un pobre viejo medio tonto. Pero, por lo que se ve, lo bastante inteligente para ayudar a un ladrón. Nos preguntábamos dónde demonios estaría metido, y resulta que estaba en esta ciudad, ¡ante nuestras mismas narices!

—También hemos cogido al joven del hotel «Starling» en su habitación —dijo el inspector—. Es un mal sujeto. Entre él y el hombre alto llevaban este negocio de robar y vender perros. Operaban con gran astucia, sin dejar huellas. Así conseguían que nos rompiéramos la cabeza. Pero no pudieron romper la cabeza a los Siete Secretos, ¿verdad? —añadió el inspector, levantándose—. Bueno, tenemos que marcharnos. Gracias a todos. ¡Ojalá hubiera más chicos como vosotros en este pueblo! Sois muy grandes.

Los dos fornidos policías se marcharon. Entonces los chicos cerraron la puerta y se miraron unos a otros sonriendo.

—Rompecabezas —dijo Colín, silabeando—. Rompecabezas... Es una bonita palabra y podría ser nuestra próxima contraseña. ¿Qué os parece?... Rompecabezas... Nadie la adivinaría... ¡a menos que Jack la escribiera para que la viese Sussy!

—Nada de burlas —dijo Janet—. Me siento muy feliz, al ver que Jorge está de nuevo entre nosotros, y al pensar en nuestro éxito. ¿Qué os parece si nos tomáramos una ronda de helados? Me han dado el dinero del sábado. Os invito. ¡A ti también, querido *Scamper*! ¡Si alguien se ha ganado un helado, ése eres tú!

—¡Guau! —ladró *Scamper*, completamente de acuerdo y golpeando el suelo con el rabo con tanta fuerza que levantó una nube de polvo—. ¡Guau!

Y los Siete Secretos salieron del cobertizo. *Scamper* los acompañaba. Verdaderamente, yo creo que su club es una estupenda sociedad secreta. ¿No lo creéis vosotros también? Y no puedo dejar de pensar qué es lo que harán la próxima vez.



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.